



Instituto
Belisario Domínguez
Senado de la República

El 68

Una historia oral más allá
de la masacre de Tlatelolco

Por Emiliano Ruiz Parra



SENADO DE LA REPÚBLICA
INSTITUTO BELISARIO DOMÍNGUEZ

COMITÉ DIRECTIVO

Senador Manuel Bartlett Díaz

PRESIDENTE

Senador Rubén Antonio Zuarth Esquinca

SECRETARIO

Senador Daniel Ávila Ruiz

SECRETARIO

SECRETARÍA TÉCNICA

Onel Ortiz Fragoso

SECRETARIO TÉCNICO

JUNTA EJECUTIVA

Mtro. Juan Pablo Arroyo Ortiz

COORDINADOR EJECUTIVO DE INVESTIGACIÓN

Mtro. Alejandro Encinas Nájera

DIRECTOR GENERAL DE INVESTIGACIÓN ESTRATÉGICA

Mtro. Noel Pérez Benítez

DIRECTOR GENERAL DE FINANZAS

Dr. Alejandro Navarro Arredondo

DIRECTOR GENERAL DE ANÁLISIS LEGISLATIVO

El 68: Una historia oral más allá de la masacre de tlatelolco

Primera edición, septiembre de 2018.

ISBN: 978-607-8620-04-3

Diseño de portada e interiores: Alejandro Espinosa/sonideas

DR° INSTITUTO BELISARIO DOMÍNGUEZ, SENADO DE LA REPÚBLICA

Donceles 14, Colonia Centro, Delegación Cuauhtémoc
06020, Ciudad de México.

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Las opiniones expresadas en este documento son de exclusiva responsabilidad de los autores y no reflejan, necesariamente, los puntos de vista del Instituto Belisario Domínguez, del Senado de la República.

Índice

Los primeros días	7
Una rebelión mundial	14
La marcha del rector	17
Ser mujer en el Movimiento	22
Las brigadas	26
¡Prensa vendida!	32
La Escuela de Economía	37
Topilejo	42
Las marchas	45
La batalla de Tlatelolco	52
La masacre de Tlatelolco	56
Sócrates	61
Asamblea General del Movimiento Estudiantil	65

A invitación del Instituto Belisario Domínguez del Senado de la República, he confeccionado un relato entre personal e histórico con los testimonios de una decena de mujeres y hombres que fueron brigadistas en el Movimiento Estudiantil. Tenían entre 18 y 22 años y la mayoría estudiaban en la Escuela Nacional de Economía de la UNAM, hoy la Facultad de Economía. También hay testimonios de estudiantes del Instituto Politécnico Nacional y de la Escuela Nacional de Antropología e Historia¹.

Escribo desde mi propio lugar en la historia, no como hijo sino como nieto del Movimiento Estudiantil. En 1968 mi abuela, Ana Ortiz Angulo, era empleada de la UNAM —clasificaba fotografías en la biblioteca de la Escuela de Arquitectura— y participaba a su manera en el Movimiento: cuando le tocaban los semáforos en rojo, se abrían las puertas de su Opel rojo y salían mis tías y mi papá, de 12 años, a repartir los volantes del Consejo Nacional de Huelga. Mi abuela y sus hijos eran una brigada sesentayochera: una mamá y sus escuincles que se solidarizaban con los jóvenes de la UNAM, el Poli, Chapingo, y tantas escuelas públicas y privadas que se jugaron la vida (varios la

perdieron) en un desafío al autoritarismo del PRI. Mientras escribía estas páginas recibí una noticia que terminó por cuadrar las piezas: mi abuela había conservado su archivo del 68, más de 300 volantes, grabados y carteles del Movimiento Estudiantil que la UNAM digitalizó y puso a disposición del público a principios de este año¹¹. Me emociona pensar que, para escribir estas líneas, me documenté con esos mismos volantes que mi padre y mis tías repartían en los cruceros.

Qué envidia haber sido joven en 1968. Los jóvenes de entonces se enfrentaron a todo símbolo de poder y autoridad: la familia, la escuela, el Estado y los imperios estadounidense y soviético. El poder de sus sueños esbozó nuevos rumbos e hizo que el todo fuera posible: detener guerras, exigir libertades para las razas oprimidas, oponerse a los regímenes más poderosos, derribar gobiernos autoritarios. Comprendieron que la libertad se ejercía tomando las calles, y que esa libertad iba mucho más allá de la política. Era una libertad para expresarse, hacer el amor, drogarse, pensar, escribir, amar, subvertir y luchar por una humanidad diferente.

Cuando llega el momento de las efemérides y conmemoraciones, aparece siempre la tentación de hacer ceremonias luctuosas, tallar en piedra los nombres de los mártires y darle la vuelta a la página como si de un trauma superado se tratara. Este libro tiene una intención por completo distinta: aspira a capturar el impulso vital y libertario del Movimiento Estudiantil y a confrontarlo con el México de 2018. Cincuenta años después, México es por completo diferente: un candidato de oposición, Andrés Manuel López Obrador, venció al PRI y al PAN en elecciones limpias; se puede participar políticamente desde la oposición y hay libertad de prensa. Por otro lado, el México de hoy es tan parecido al de 1968: continúan las masacres contra las disidencias políticas (Acteal, Aguas Blancas, Ayotzinapa), la prensa depende en gran medida de las subvenciones del Estado (y, por lo tanto, suele

ser una prensa oficialista), y persiste un gran escepticismo sobre la democracia. Y eso por no mencionar los nuevos problemas y los que se han acentuado: la militarización, los feminicidios, el crecimiento ridículo de la economía desde hace 35 años, entre muchos otros. Desde el México de 2018 escribo este texto, y por eso me detengo en constantes alusiones al presente. Porque escribo con ganas de aprender del pasado para mirar críticamente nuestra circunstancia, y con el deseo de recuperar el ánimo transformador de los brigadistas de 1968.



Consejo Nacional de Huelga. "México 68"

Hoja impresa Cartel 35.5 x 24.5 cm.
Archivo Ana Ortiz Angulo / www.ahunam.unam.mx

Los primeros días

Entras a la Escuela Nacional de Economía porque ya has imaginado tu destino: serás empleada de un banco —quizá llegues a ser la gerente de una sucursal—, te casarás con un hombre de buena posición, acaso militar como tu padre, usarás tacones y falda todos los días de tu vida en una ciudad esplendorosa que se apresta a ser la sede de los Juegos Olímpicos. Estamos en julio de 1968 y esas certezas son tan firmes y tan distintas como las que tendrás en menos de 10 semanas; sí, en menos de tres meses pensarás que la revolución está a la vuelta de la esquina; para entonces habrás cambiado la falda por los pantalones y, si acaso usas tacones serán solamente para ocultar en ellos recados y cartas que le llevas a los presos políticos que visitas en la cárcel de Lecumberri. Ya no querrás tener marido sino un compañero, una pareja que comparta tu deseo de transformar el mundo. Nueve semanas y media, que van del 23 de julio al 2 de octubre, serán suficientes para darte cuenta que puedes cambiar el rumbo de tu vida. Desde entonces te sentirás ciudadana de un país que tú misma construiste: un país que se llama Movimiento Estudiantil de 1968.

Eres una mujer de 18 años. Entraste en enero de 1968 a la Escuela Nacional de Economía de la UNAM en la Ciudad Universitaria, al sur del entonces Distrito Federal. La mayoría de los estudiantes son

hombres. Las mujeres se sientan en las filas de hasta adelante, usan la falda debajo de la rodilla (ir de pantalón hubiera sido una locura, “como ir en bikini”), cruzan la pierna para afirmar su decencia. Deben soportar cada tanto el comentario misógino de algún profesor, incómodo con la presencia de las mujeres en las aulas universitarias. Aunque los tiempos empiezan a ser adversos para los machistas: la Escuela de Economía tiene por primera vez, desde 1967, a una directora, la maestra Ifigenia Martínez.

Josefina Alcázar y Amalia Zepeda entraron a Economía en 1968 y se encontraron con una escuela en donde había de todo: viejos grupos afines al PRI —algunos de tendencia porril— y el abanico de la izquierda revolucionaria: comunistas, troskistas y maoístas. Josefina Alcázar oyó que todos esos grupos se definían a sí mismos como *materialistas*, y desconfió de ellos porque pensó que sólo les interesaba el dinero, las cosas materiales. En poco tiempo se daría cuenta de que materialista se refería a algo muy diferente. A Josefina la hicieron comer croquetas de perro cuando entró a Economía. Era la novatada para los alumnos de nuevo ingreso, que se conocían como *perradas*. A ella le tocó ver desfilar, en el circuito universitario, a estudiantes en ropa interior embadurnados de plumas. No eran de Economía, quizá de Derecho e Ingeniería, en donde las perradas eran más duras.

A fines de julio el ambiente en la Escuela Nacional de Economía empezó a bullir. Los estudiantes de semestres más avanzados entraban a *salonear*: daban algún breve discurso a la mitad de una clase, o convocaban a reuniones en el auditorio. Entre ellos había uno muy peculiar, se llamaba Eduardo Valle y le decían *El Búho* por sus gruesos lentes de miope. El 24 de julio esos compañeros decían que hubo una represión muy fuerte contra los estudiantes de la Vocacional 5 del Instituto Politécnico Nacional en la plaza de la Ciudadela. Entraron los granaderos a la escuela, golpearon estudiantes —también a las

mujeres— y jalaron parejo contra las trabajadoras, las secretarias y todo aquel que no alcanzó a escaparse de los macanazos.

A partir de entonces los acontecimientos se aceleraron para estudiantes como Amalia Zepeda. El 26 de julio acudió a la manifestación que conmemoraba el Asalto al Cuartel Moncada —el antecedente de la Revolución Cubana— que partió de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas (SCOP), en la colonia Álamos, al Hemiciclo a Juárez. Era la primera marcha de su vida. Se fue a casa temprano, sin haberse enterado que, a unas cuadas, cerca del Zócalo capitalino, los granaderos cargaron contra todo aquel muchacho o muchacha joven: veían a alguien con un libro, un portafolios, y lo correteaban y golpeaban con saña. Ese 26 de julio era viernes. Transcurrió el fin de semana y el lunes 29 la Escuela de Economía era por completo diferente.

Los estudiantes contaban lo que había pasado en el Centro Histórico el viernes pasado. Además de la marcha para conmemorar la Revolución Cubana, otra manifestación había pasado a unas calles: estudiantes del Instituto Politécnico Nacional habían salido de la plaza del Carrillón, en el Casco de Santo Tomás. La marcha la había convocado la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos, la FNET, una organización controlada por las autoridades y cercana al PRI. Años después Francisco Pérez Arce escribiría: “la FNET convocó a la protesta porque no tuvo más remedio: el asalto granadero (en la Ciudadela) había sido tan artero, tan sin sentido, y la molestia estudiantil tan justificada, que lo menos que podía hacer era protestar, simular una respuesta enérgica y después aceptar la explicación de las autoridades, tomar por buenas las promesas de que se investigaría... y etcétera, etcétera. No buscaban empezar un movimiento sino, en todo caso, prevenirlo”¹¹¹. Pero esa marcha se le salió de control a la FNET. Los estudiantes politécnicos, en la plaza del Carrillón, empezaron a gritar “¡Zócalo, Zócalo!”, y la FNET no pudo detenerlos; salió una

marcha independiente que caminó por Avenida Hidalgo, San Juan de Letrán (hoy el eje central Lázaro Cárdenas) y se dirigió al Zócalo por la calle de Madero.

Hay que hacer un paréntesis histórico. Según un estudio de la organización Sin Tráfico, en la Ciudad de México hay unas dos mil 400 marchas al año, y 100 de ellas desembocan en el Zócalo de la Ciudad de México. Esa es la normalidad en nuestros días. Pero hace 50 años eso era inimaginable. El Zócalo era un símbolo sagrado del poder como sagrado era el ejército, el presidente y la Virgen de Guadalupe. El Zócalo le pertenecía al PRI, a nadie más. "Nadie podía ir al Zócalo, era impensable que un grupo no priista hiciera una marcha", me dice Joel Ortega. Tomar el Zócalo sin el permiso presidencial era un delito de lesa majestad. En las costumbres del régimen priista, el Zócalo



Consejo Nacional de Huelga.
"¿Verdad que vas a decir la pura verdad?"

Hoja impresa. Cartel. 23 x 35,5 cm.
Archivo Ana Ortíz Angulo / www.ahunam.unam.mx

era la plaza donde el pueblo agradecía al presidente cada primero de septiembre tras los larguísimos y aburridos informes de gobierno.

¡Zócalo, Zócalo! Era un grito de guerra, un desafío que el gobierno no iba a tolerar. “Vimos policías rompiendo parabrisas, agrediendo todo. En la marcha venían muchas mujeres que también eran agredidas y nosotros no permitimos eso; albañiles que estaban trabajando se unieron y comenzamos a defenderlas con lo que teníamos cerca: piedras, lo que fuera”, me contó Humberto Pozos, entonces estudiante de la Vocacional Wilfredo Massieu. El propio jefe de la policía, Raúl Mendiola Cerecero, encabezaba las fuerzas de granaderos que cargaban contra cualquier estudiante y muchacho que pretendiera ir a la Plaza de la Constitución. No los iban a dejar llegar al Zócalo por ningún motivo.

En esa época el Centro Histórico era todavía el Barrio Universitario. La Preparatoria Uno de la UNAM tenía su sede en el antiguo Colegio de San Ildefonso. La tarde del 26 de julio fue para muchos jóvenes un bautizo político. Un portafolios con papeles, un libro bajo el brazo, eran motivo suficiente para que un granadero te agarrara a golpes. David Parra estaba en el auditorio de la Preparatoria 3 a punto de oír un concierto de música clásica. Se había dispuesto un piano para que uno de sus compañeros tocara *La Polonesa* de Chopin. Lo podemos mirar de traje oscuro y corbata, el cabello relamido y los zapatos recién boleados. Los chavos lo escuchaban, quizá para muchos era la primera vez que oían una pieza para piano. El recital de repente se interrumpió: un grupo de estudiantes reventó con gritos el concierto. Sus camisas blancas estaban manchadas de sangre, pedían ayuda, acusaban, corrían a refugiarse de los trancazos de la policía. “Así fue como empezamos el Movimiento”, recordaría David Parra 50 años después^{IV}. Fue tan fuerte esa impresión que a los pocos días David sería nombrado representante de la Preparatoria 3 ante el Consejo Nacional de Huelga.

Esas eran las historias que se contaban en la Escuela Nacional de Economía el lunes 29 de julio. Josefina Alcázar y Amalia Zepeda las escuchaban con sorpresa. Les contaron que los estudiantes, perseguidos por los granaderos, se habían refugiado en San Ildefonso, y que la policía seguía afuera de la Preparatoria, amenazando con tomarla. Los días duran siempre 24 horas, pero en el calendario político hay días que equivalen a años. Eso ocurrió en el verano de 1968. Porque al día siguiente, martes 30 de julio, Josefina y Amalia amanecieron con una noticia que las dejó estupefactas, a ellas y al resto de la comunidad de la Universidad Nacional Autónoma de México y del Instituto Politécnico Nacional.

El ejército mexicano había lanzado un bazucazo contra la puerta de la Prepa Uno, que residía en el Colegio de San Ildefonso. Los soldados entraron a la Prepa y desalojaron a los estudiantes. Retomo la narración de Francisco Pérez Arce: “a las once de la noche del lunes 29 salió la tropa del Campo Militar número Uno. A la medianoche recorría las calles del centro. Los estudiantes no enfrentaron al ejército, nunca lo hicieron, era una fuerza desproporcionada. Los estudiantes se recluyeron en sus escuelas. Pero los soldados no se conformaron con ocupar las calles, quisieron sacar a los jóvenes de su refugio, el viejo Colegio de San Ildefonso, y para ello derribaron el portón de madera tallada, de antigüedad colonial como el edificio, con el disparo de una bazuca”^V.

Una bazuca dispara un misil que es capaz de detener la marcha de un tanque de guerra. El disparo no sólo rompió una centenaria puerta de madera. También destruyó el discurso sobre el que se basaba el régimen del PRI: el de la paz social, de un gobierno emanado de la Revolución Mexicana que garantizaba el desarrollo del país sin conflictos sociales. Los periódicos publicaron la fotografía de un soldado, rodilla al piso, apuntando hacia la puerta. El ejército no estaba defendiendo al país de “masiosare”, el extraño enemigo que

profanara con sus plantas tu suelo. Ese soldado disparaba su arma contra una preparatoria en donde no había más que muchachos desarmados y asustados, que no opusieron resistencia y se limitaron a cantar el himno nacional en la azotea mientras el ejército penetraba en su escuela.

Unos días antes Amalia Zepeda y Josefina Alcázar eran estudiantes sin mayor conciencia política. Ahora escuchaba la palabra huelga y caían en cuenta de que estaban por participar en un Movimiento. En los siguientes días aquellos anhelos de tantas alumnas como ellas, trabajar en un banco, ser una profesionista, madre de familia y vivir una vida sin mayores sobresaltos, estaban a punto de derrumbarse como un montón de piedras porque la revolución, decían todos, estaba a la vuelta de la esquina.



“Hecho para México”

Hoja impresa. Cartel 21 x 33 cm.
Archivo Ana Ortíz Angulo / www.ahunam.unam.mx

Una rebelión mundial

De Praga a San Francisco, de Brasil a Alemania, el año de 1968 fue testigo de una rebelión mundial contra el autoritarismo. En Estados Unidos cientos de miles de jóvenes salían a las calles a protestar contra la Guerra de Vietnam y a exigir libertades y derechos políticos para los negros. En Checoslovaquia se vivía la “primavera de Praga”, una revuelta contra la opresión soviética. En París, millones de estudiantes y trabajadores se iban a la huelga y estuvieron a punto de derribar el gobierno de Charles de Gaulle en “el Mayo francés”. Los jóvenes tomaban las calles en Londres, Berlín, Tokio y Sao Paulo.

Después de la Segunda Guerra Mundial, una generación de jóvenes había gozado del Estado de Bienestar y la expansión de la educación pública. Adquirieron conciencia política y reclamaron libertad. Libertad contra la opresión de la familia tradicional, contra los gobiernos autoritarios tanto en el Bloque Soviético como en el supuesto *mundo libre* capitalista. En México, 1968 representó la insurgencia juvenil: el Movimiento Estudiantil fue el mayor desafío al régimen conservador y autoritario, del régimen emanado de la revolución mexicana, que entonces encabezaba Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970).

La asfixia política recorría México. Un solo partido político, el PRI, ganaba todas las elecciones, y el resto de los partidos o eran comparsas

de este —como el PARM—, eran fuerzas marginales —como el PAN— o estaban proscritas, como el Partido Comunista. Apenas una década atrás, en 1958, los trabajadores ferrocarrileros se habían levantado contra el sindicalismo priista y habían elegido a Demetrio Vallejo como su líder democrático. El gobierno, en respuesta, había encarcelado a más de 10 mil ferrocarrileros y a Vallejo lo mantenía en prisión 10 años después. A Rubén Jaramillo, antiguo oficial zapatista que se levantó en armas en 1953 y luego encabezó un movimiento por la tierra, el ejército lo asesinó al lado de sus tres hijos y su esposa embarazada en 1962. En la década de los sesenta, el ejército había invadido universidades en Michoacán, Puebla, Sonora y Tabasco. Se habían aplastado movimientos en Sinaloa, Durango y Nuevo León y estaba fresca la memoria de una ocupación militar de dos años en el Instituto Politécnico Nacional contra un movimiento estudiantil en 1956. El autoritarismo permeó todos los ámbitos de la vida, en el cine se censuraban las caricias y en las calles también: a una pareja de muchachos besándose la policía los llevaba detenidos. La televisión y la prensa sólo difundían noticias oficiales y le rendía culto a una figura semisagrada e intocable: el presidente de la república, que todos los días aparecía en las portadas de los diarios.

México vivía los últimos años de un despegue económico sostenido. Entre 1950 y 1970 el país creció entre 5 y 7 por ciento al año, lo que el mundo conoció como “el milagro mexicano”. Los centros urbanos se expandían y, con ellos, la población estudiantil: en 1960 había un estudiante universitario por cada 333 personas, en 1970 había uno por cada 125. En la capital las cifras eran más impresionantes, pasó de uno por cada 111 a uno por cada 66 en el mismo periodo. Los estudiantes eran por primera vez una fuerza de masas. Entre el 26 de julio y el 2 de octubre esos jóvenes protagonizaron el mayor levantamiento social en el México posrevolucionario.



Consejo Nacional de Huelga. "Prensa corrupta"

Hoja impresa Cartel 36 x 23 cm
Archivo Ana Ortiz Angulo / www.ahunam.unam.mx

La marcha del rector

Entre los papeles de Ana Ortiz Angulo, la abuela Anita, hay un volante amarillento que firma el rector Javier Barros Sierra. Está fechado el 31 de julio de 1968. Cito las primeras líneas: “Varios planteles de la UNAM han sido ocupados por el ejército. Durante casi 40 años la autonomía de la institución no se había visto tan seriamente amenazada como ahora”. Y unos párrafos abajo la frase que se hizo célebre: “La educación requiere de la libertad, la libertad requiere de la educación”. El rector se refería al bazucazo y a la ocupación militar de las preparatorias que residían en el Antiguo Colegio de San Ildefonso. Mientras circulaba ese manifiesto Javier Barros Sierra izaba la bandera a media asta en la explanada de rectoría y llamaba a los universitarios a una movilización para el día siguiente. Se le conocería como “la marcha del rector”. A las 4:30 de la tarde del primero de agosto, encabezados por Barros Sierra y los directivos de la universidad (en las fotos salen puros hombres, ni una sola mujer), decenas de miles, quizá más de cien mil personas, caminaron por la avenida de los Insurgentes.

Esta marcha tuvo un significado profundo: si el bazucazo contra la Prepa Uno había roto el mito de la paz social, la marcha del rector quebraba otro mito: que nadie se le salía del huacal al presidente de la república. Barros Sierra era un hombre del régimen: el sexenio anterior había sido secretario de Obras Públicas con Adolfo López

Mateos y director del Instituto Mexicano del Petróleo con Díaz Ordaz. Los rectores de la UNAM no escapaban al presidencialismo: eran elegidos con el visto bueno del presidente de la república. Justo por eso la marcha del primero de agosto le abrió un gran espacio político al incipiente Movimiento Estudiantil: lo dotaba de legitimidad y debilitaba el discurso de que era una conspiración comunista contra México, versión que ya empezaba a manejar el gobierno. De paso, aquel acto demostraba que allá arriba, en la élite del poder, no todos estaban de acuerdo con la forma en que Díaz Ordaz enfrentaba el conflicto.

El contingente recorrió cinco kilómetros y se detuvo en la calle de Félix Cuevas. Sabían que ese era el límite, la línea roja. Unos metros más al norte se había apostado el ejército en el Parque Hundido y las calles circundantes. Desde vehículos artillados, las ametralladoras estaban listas y apuntaban a los manifestantes. Barros Sierra lo sabía y desvió la marcha. “Más o menos a la altura de El Puerto de Liverpool, el rector nos indicó que volviéramos a CU para evitar una matanza”, me dice un testigo^{VI}. Tomaron la avenida Félix Cuevas. Un kilómetro más adelante, a la altura del hospital 20 de Noviembre, cayó una lluvia ligera y tenaz. Frente al hospital estaba un conjunto de departamentos, el Centro Urbano Presidente Miguel Alemán (CUPA). Los universitarios comprendieron esa tarde que podrían seguir adelante pues gozaban de la simpatía de la gente: las ventanas del CUPA se abrieron y de ellas brotaron aplausos y vivas. Pronto también les lanzaron naranjas y periódicos para que se protegieran de la lluvia. Era apenas el primero de agosto, no existían aún las brigadas, ni las megamarchas al Zócalo, ni los millones de volantes mimeografiados, pero de las ventanas del CUPA ya se expresaba la solidaridad social.

Hay una interpretación dominante sobre el régimen del PRI: que el presidente gobernaba como monarca absoluto. Daniel Cosío Villegas lo definió como una monarquía sexenal, hereditaria en línea

transversal. Esta teoría sostenía que, en la política no se movía una hoja sin la aprobación del mandatario. Esa lectura es cierta, pero requiere matices. Dentro del régimen había grupos, facciones, tendencias más a la izquierda y a la derecha, y unas durísimas patadas bajo la mesa para pelearse las candidaturas, en especial la candidatura presidencial, “la grande”. El presidente era el árbitro final pero debía conciliar, equilibrar, elegir entre visiones e intereses opuestos. Díaz Ordaz venía de enfrentar una fisura interna importante. En 1965 había puesto como líder del PRI a Carlos Madrazo Becerra, pero Madrazo le salió democratizador: había pugnado por que hubiera elecciones internas en el PRI para todas las candidaturas, incluida la candidatura presidencial. A Díaz Ordaz no le gustó la idea y corrió a Madrazo del PRI. Si bien la salida de los madracistas, que se aprestaban a formar un nuevo partido, no había sido masiva, sí había abollado la idea de que el presidente tenía absoluto control de la política mexicana^{VI}.

¿Y eso qué importa ahora? Pues que la historia y la ironía son buenas amigas: será a un presidente del PRI, Enrique Peña Nieto en las últimas semanas de su mandato, a quien le toque conmemorar los 50 años del Movimiento Estudiantil de 1968 y la matanza del 2 de octubre. ¿Calificará a Díaz Ordaz y al entonces secretario de Gobernación, Luis Echeverría, como responsables de la masacre? ¿Dirá que el Estado Mayor Presidencial disparó contra los estudiantes, y que el ejército los cazó con balas y bayonetas? ¿O se limitará a recordar a los caídos con un tuit y un boletín de prensa?

Cincuenta años se demoró el proceso histórico pero al fin se cumplió: el PRI pasó de ser un partido de Estado a una fuerza con menos de 20 por ciento de los votos. Los priistas saquearon al país cada sexenio y uno de sus representantes más célebres, Carlos Hank González, acuñó una frase que sintetizaba la cultura priista: “un político pobre es un pobre político”. Esa cultura fue repudiada en las elecciones del primero de julio de 2018, cuando una ola de indignación



Archivo Ana Ortiz Angulo / www.ahunam.unam.mx

puso al joven partido Morena al frente de la presidencia, el Congreso de la Unión y diversas legislaturas estatales. Según una ex presidenta del PRI, Dulce María Sauri, Morena no es más que “el espejo del PRI”. Al igual que el PRI, se basa en el liderazgo de un solo hombre, Andrés Manuel López Obrador, quien proviene de la Corriente Democrática, la más importante ruptura en la historia del PRI. Una de las muchas diferencias con el PRI, sin embargo, es la actitud hacia 1968: en su cierre de campaña el 26 de junio en el Estadio Azteca, López Obrador reivindicó al Movimiento Estudiantil como una de las luchas de las que abrevaba.

Como sea, aquel primero de agosto de 1968 el bazucazo y la irrupción militar en la Preparatoria Uno de San Ildefonso precipitó los acontecimientos. La Escuela de Economía se fue a la huelga, y en pocos días la mayoría de los planteles de la UNAM estaban tomadas por los estudiantes. Desde entonces ningún gobierno se ha atrevido a reprimir un movimiento estudiantil con la presencia del ejército, y una sola vez que se hizo tuvieron que disfrazar a los soldados de policías. Tres décadas después del bazucazo, el 6 de febrero de 2000, el gobierno de Ernesto Zedillo sofocó una huelga de nueve meses en la UNAM con la detención de cientos de estudiantes reunidos en el Consejo General de Huelga (CGH). Unos meses antes se había creado la Policía Federal Preventiva (PFP), el cuerpo que entró a la UNAM y detuvo a los jóvenes de manera casi impecable. A pesar de su desprestigio, la legitimidad y fuerza de ese movimiento dio para que los desalojaran con guante blanco, como si se tratara de ciudadanos y policías de primer mundo. Lo cuenta el periodista Arturo Rodríguez García: “fue una incursión militar que liquidó el conflicto, pues uniformes al margen, eran la Primera y Tercera Brigadas de Policía Militar las que detuvieron a cientos de jóvenes a los que acusaron, entre otros delitos, de terrorismo y peligrosidad social”^{viii}.

Ser mujer en el Movimiento

El Movimiento Estudiantil de 1968 aceleró la liberación de la mujer. En enero, las mujeres llegaban de falda a la Escuela Nacional de Economía, con “taconcitos y muy monas”, como recuerda Josefina Alcázar. Con el inicio del Movimiento y la conquista de las calles, con la salida todos los días a las brigadas, la falda estorbaba. Josefina, como otras de sus compañeras, empezó usando pantalón debajo de la falda. Así se sentía cómoda para caminar, correr, tirarse al suelo, treparse a un banco y hacer una pinta, bajar de un brinco de un autobús. Hasta que un día, simplemente, no se la puso. Salió de su casa en pantalones y no volvió a ponerse falda.

Apenas empezó la huelga y la cómoda inercia machista asignó la división de trabajo por género. Un brigadista de la Escuela de Economía de la UNAM me dijo: “en la cafetería *hacían* la comida”. Ese impersonal *hacían* oculta tanto como revela: oculta que quienes hacían la comida eran las mujeres y revela que eso les parecía (y les parece) normal a los hombres. Por eso dos estudiantes de esa escuela, Josefina Alcázar y Amalia Zepeda, encontraron una manera de huir de la cocina: se especializaron en el mimeógrafo.

Hoy el mimeógrafo es una pieza de museo. En realidad atestigüamos el declive de la era del papel para asumirnos como una sociedad digitalizada. No desaparecerán los libros, pero quizá se acaben los periódicos y las revistas, o se sobrevivan algunos cuantos como artículos de lujo. Pero en 1968 no existían las fotocopiadoras ni las impresoras digitales, y de internet y redes sociales ni hablemos. Pero había mimeógrafo: un aparato capaz de reproducir cientos de copias de una página. Primero había que usar otro aparato que también ha desaparecido: la máquina de escribir. En lugar de una hoja de papel, a la máquina de escribir se le ponía un esténcil: una hoja de plástico transparente que se *picaba* con las teclas de la máquina, y ahí se redactaba el volante. Esa hoja picada era la plantilla, el original; se empapaba de tinta el mimeógrafo y se hacían copias con un rodillo que presionaba la tinta sobre el papel. Los mimeógrafos más modernos funcionaban con energía eléctrica y te liberaban de la manivela.

“En el mimeógrafo yo era soldado de la revolución”, me dice Josefina Alcázar. Esos aparatos abundaban en la UNAM, eran parte del inventario de cualquier escuela. Y había también algunas reservas de papel, pero éstas pronto se agotaron en la Escuela de Economía. Los *boteos* de las brigadas se usaron para comprar grandes rodillos de papel, que servían para imprimir otros miles de volantes. El Movimiento fue una rebelión no sólo política, social y cultural, fue, sobre todo, familiar. Josefina era hija de un químico de formación militar. Su padre, para impedirle que acudiera a la escuela en huelga, le dejó de dar dinero. “¿A qué vas al borlote?”, le increpaba su padre. Tenía que ganarse ese derecho, el derecho al borlote. La solidaridad social estaba a su favor: bastaba con pedir *aventón* para que algún automovilista te llevara a la UNAM. Los aventones se convirtieron en una manera cotidiana de ir a Ciudad Universitaria, porque el gobierno cerró las rutas de autobuses que llevaban hasta allá, así que Josefina y Amalia iban y venían diario a puros *rides*. A Amalia Zepeda

le tocó una vez subirse a un coche muy lujoso, ¿no me reconoces, no me reconoces?, le preguntaba el conductor, no, no te reconozco, soy *el Púas Olivares*, (un famoso boxeador). Amalia ni idea tenía sobre ese famoso boxeador mexicano que esa mañana se solidarizó con el Movimiento al darle aventón a la brigadista.

Josefina: “La Escuela era como mi casa. Me llegué a sentir más cómoda que con mi propia familia, a quienes les gritaba ‘burgueses’ porque no me apoyaban”. La Escuela era su casa, aunque nunca se quedó a dormir en las guardias nocturnas. Según su recuerdo sólo se



Consejo Nacional de Huelga.

“Luto y protesta ¡Todos a la gran manifestación popular en silencio!”

Hoja impresa Cartel 24 x 34 cm.
Archivo Ana Ortiz Angulo / www.ahunam.unam.mx

quedaban hombres, que se acomodaban en los sillones de la dirección con sus gruesas chamarras de borrega, como Jorge Martínez, *El Chale*. Aunque no pasara las noches en Ciudad Universitaria, Josefina era ya una profesional de la rebeldía: “me encantaba llegar a la casa con el overol lleno de tinta y que mis papás me miraran con una expresión de vergüenza”.

“Escogías a la *Adelita* porque la revolución estaba la vuelta de la esquina y necesitabas a la camarada que te iba a entender, a ponerse la carrillera y cargar al chilpayate”, me dice otro brigadista de Economía. Cincuenta años después veo que sí, que las mujeres avanzaron montones en ese corto verano de la libertad, pero los hombres acaso avanzaron menos: porque “cargar al chilpayate” se sigue viendo como una tarea femenina, como una división del trabajo que se da por hecha.

Las brigadas

Las brigadas fueron uno de los acontecimientos políticos más bellos del siglo XX en México. Hay que imaginar a un grupo de estudiantes que sale de alguna escuela en huelga, ya sea la UNAM, el Poli, Chapingo o alguna privada. Solían ser grupos de siete jóvenes, pero podían ser menos o más. Se apretaban en un cochecito o llegaban en transporte público a un mercado, una plaza, una fábrica, un cruceo o simplemente se subían a un autobús de pasajeros. Uno de los brigadistas se adelantaba a mirar que no hubiera policías alrededor. Pensemos, por ejemplo, en un mercado un día cualquiera: los locatarios ofrecen sus mercancías, las amas de casa hacen la compra del día o de la semana, cuando de súbito se aparecen unos jóvenes repartiendo volantes. Uno de ellos se sube a un huacal de madera, enciende el megáfono y pronuncia un breve e intenso discurso. Son muchachos jóvenes, quizá es la primera vez que hablan en público y se les nota: tartamudean, palidecen, se les amontonan las ideas. Con cada brigada irán adquiriendo confianza, en unos días se convertirán en buenos oradores. Hablan de los seis puntos del pliego petitorio^{IX}, de un país desigual en donde hay millones de pobres, de un régimen que asfixia las libertades, que oprime a los maestros, a los médicos, a los ferrocarrileros y a cualquiera que se atreva a pensar distinto. Y muy importante: venimos aquí porque la prensa y la televisión dicen mentiras, que somos violentos, terroristas o agentes al servicio de

una potencia extranjera. Venimos a informar directamente al pueblo las causas de nuestro movimiento... Y ocurre la magia: en torno de ese muchacho o muchacha de 18 o 20 años se reúne la gente. Primero con curiosidad o con sospecha, después con asentimiento y al final con emoción. Las amas de casa sacan papas, zanahorias, chiles, tortillas de su bolsa de mandado y se los entregan a los jóvenes. Algunos comerciantes se organizan y juntan fruta, verdura, acaso pollo o bisteces y se los dan a los jóvenes. El muchacho o la muchacha termina su discurso y se da cuenta de que ha hablado ante decenas o cientos de personas emocionadas. Quizá, por ahí, se oiga un grito de "¡flojos, pónganse a estudiar!", que es silenciado por los aplausos del improvisado público. La gente pide la palabra. Les dice: felicidades por ser valientes. No nos fallen, son los únicos que se atreven a enfrentar al gobierno. Confiamos en ustedes. Otras voces les piden que tengan cuidado, que ya sabemos que el gobierno nunca pierde y puede meterlos a la cárcel como a Vallejo o matarlos como a Jaramillo. Y mientras unos estudiantes reparten volantes, otros caminan entre el público con una alcancía. El milagro bíblico de las bodas de Canaan se repite en cada mercado, en cada autobús: se multiplican los panes y los pesos. La gente no sólo da comida, también llena de monedas los botes con la leyenda "Consejo Nacional de Huelga" e insufla de fuerzas al espíritu libertario. No sólo dinero y comida sino también porras para seguir adelante que fortalecen su espíritu de lucha. Luego vienen las preguntas. "Esa era la parte más difícil: responder las preguntas", recuerda Humberto Pozos, de la Voca Wilfrido Massieu. Preguntas sobre el movimiento, el gobierno, el mundo. Hay avidez de saber y hay también rabia contenida. De las voces indignadas de los comerciantes brotan historias de represión y corrupción: porque en cualquier momento puede llegar "la julia" (una camioneta de la policía) y levantar el puesto de algún comerciante. O bien por allá levantará la mano algún adolescente, que contará que nada más por



Consejo Nacional de Huelga. "Agresor"

Hoja impresa. Hoja impresa Cartel 25 x 34 cm.
Archivo Ana Ortíz Angulo / www.ahunam.unam.mx

estarse besando en la calle con una muchacha llegó la policía y cargó con ellos, les sacó dinero y les dio de cocos para que aprendieran a respetar. Eso era el gobierno para la sociedad: un papá tiránico que no te dejaba levantar cabeza, que te esculcaba el dinero de los bolsillos, y que no admitía más verdad que la suya.

No todas las brigadas eran iguales. Mariángeles Comesaña era una estudiante de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, la ENAH, cuando todavía no estaba en Cuicuilco, sino que era unos cuantos salones y cubículos en los pisos superiores del Museo Nacional de Antropología. A un puñado de estudiantes —la mayoría mujeres— les pareció que los seis puntos del pliego petitorio eran muy aburridos. En el mimeógrafo de Silvia Gómez Tagle (tener un mimeógrafo en casa era un lujo, como tener ahora una fotocopidora) reprodujeron cientos o miles de poemas de Federico García Lorca, Pablo Neruda, León Felipe, César Vallejo, Roberto Fernández Retamar. Se organizaron en la brigada “Miguel Hernández”, en honor al poeta español asesinado en un campo de concentración franquista, y se subían a los autobuses a recitar poemas. 50 años después Mariángeles recuerda de memoria uno de ellos y la oigo declamarlo: “Felices los normales, esos seres extraños. / Los que no tuvieron una madre loca, un padre borracho, un hijo delincuente, / Una casa en ninguna parte, una enfermedad desconocida, / Los que no han sido calcinados por un amor devorante”, de Retamar. “Para mí era fantástico sentir las calles, los camiones y las banquetas mías; caminar y que una señora te diera agua, te pidiera cuidarte y a veces hasta salían aplausos por las ventanas”. Las brigadas desafiaban el orden no sólo social sino también patriarcal en un país colmado de prohibiciones que ahora nos parecen incomprensibles. Se prohibía, por ejemplo, que las mujeres entraran a las cantinas. Las mujeres de la Miguel Hernández irrumpían en esos espacios masculinos y ahí hablaban de libertad e igualdad: “para nosotras era un acto revolucionario

porque nos parecía insólito que hubiese lugares donde las mujeres tenían prohibido entrar”, me dice Mariángeles, “yo me sentía en un Renacimiento, era otra, completamente”.

Eran tantas las brigadas que a veces se encontraban en los mercados, en los cruceros, en los autobuses. Se saludaban, se abrazaban, se conocían entre estudiantes de la UNAM, el Poli, Chapingo, la Ibero. Había un deseo de extender los brazos no sólo a los comerciantes, sino de ir a los obreros: la clase explotada que, según Marx, debía tomar la vanguardia en la lucha revolucionaria. En los testimonios que recogí para este relato hay experiencias diversas: por ejemplo, la brigada “la tropa loca”, a la que pertenecía el Chale. Fueron de noche a Ecatepec porque les dijeron que ahí había fábricas, pero no buscaron bien porque no encontraron ni fábricas ni obreros. Los estudiantes de la UNAM, muchos de ellos de clases medias, conocían a los obreros más en la teoría que en la práctica. Los politécnicos eran otra cosa. Hijos de obreros prósperos (o de obreros y campesinos pobres que hacían esfuerzos enormes por mandar a un hijo a la escuela), estaban más cerca del mundo del trabajo. Cerca de Zacatenco, además, estaba la zona industrial de Vallejo, y del Casco de Santo Tomás a la refinería de Azcapotzalco se podía llegar a pie.

Pero las fábricas eran territorio del régimen. Y no se diga los petroleros. Las fábricas estaban controladas por sindicatos *charros* o *blancos*, es decir, propatronales. Sindicatos que se habían impuesto quizá a balazos a cualquier intento democratizador. A los estudiantes del Politécnico que osaban llegar a la refinería en el cambio de turno los echaban a golpes, aunque más de una vez recibieron la solidaridad de obreros que, desafiando el control, los escuchaban atentos. Porque el Movimiento Estudiantil encontró casi siempre la simpatía de la sociedad, a veces explícita y a veces discreta. Fueron tan eficaces las brigadas que la gente reconocía en las calles a los estudiantes y les preguntaba novedades sobre el país y el Movimiento.

En una ocasión, del Casco de Santo Tomás salió una brigada que se coló al Teatro Blanquita. Se distribuyeron en las butacas de hasta adelante e interrumpieron el concierto. Tocaba Dámaso Pérez Prado y su orquesta. Ahora quizá ese nombre nos diga poco, pero Pérez Prado fue de los grandes músicos del siglo XX. Cubano de nacimiento y mexicano por elección, inventó el mambo, uno de los ritmos más originales de la música tropical. Pérez Prado era una sensación en Estados Unidos y América Latina. Cuentan que algunos de sus músicos se molestaron al ver a los estudiantes subirse al escenario, arrebatarse el micrófono, hablar de política. Pero Pérez Prado lo tomó bien. Vamos a escucharlos, dijo. El baterista interrumpió con unos baquetazos, pero Dámaso Pérez Prado, *la cara de foca*, volvió a pedir respeto para los estudiantes que hablaban de la represión, que explicaban los seis puntos, que pedían la libertad de los presos políticos. Decían que venían del Politécnico y que estaban informando al pueblo la verdad. A los músicos y al público no les quedó más que escucharlos con la misma atención que les daba Pérez Prado. Terminó el discurso del brigadista, se acabaron los volantes, se hizo un silencio. ¿Ya terminó?, preguntó Pérez Prado. Ya acabamos, muchas gracias, respondió el estudiante, devolvió el micrófono y se bajó del escenario. Dámaso Pérez Prado tomó la palabra brevemente y los despidió con reconocimiento y gratitud. Después se dirigió a su orquesta y les pidió que tocaran “El mambo del Politécnico”, ese que dice: “Huélum, gloria, a la cachi cachiporra, pin, pon, porra, Politécnico, Politécnico, ¡gloria!”

¡Prensa vendida!

Entre los papeles de la abuela Anita hay varios carteles del Consejo Nacional de Huelga; volantes que llaman a la Marcha del Silencio del 13 de septiembre y a otras concentraciones más pequeñas, pero hay cuatro ilustraciones que me fascinan: los dos primeros se parecen entre sí: son tanques de guerra con soldados que se asoman por la escotilla, con cañones listos para disparar. Serían dibujos simples de tanques salvo por un detalle: las orugas de acero tienen la forma de los aros olímpicos. Uno de esos carteles retrata a un soldado que apunta a un estudiante y le grita “¡agresor!” El estudiante no dice nada y sólo se apresta a arrojarle un libro que dice “Ley”.

Los carteles me recuerdan unas líneas del investigador Arnulfo Aquino, también brigadista del Movimiento Estudiantil de 1968 y artista gráfico, que escribió: “En 68 se define la propaganda política y el diseño en su sentido contemporáneo (...) Se intervinieron las imágenes de la Olimpiada. De los aros olímpicos surgieron soldados a bayoneta calada, los señalamientos (de tránsito) fueron estampados con botas, granaderos golpeadores, macanas, pistolas, bazucas o tanques, hasta llegar a la paloma picassiana intervenida en vitrinas y paredes en la calle”^x.

Los otros dos carteles que me interpelan son también muy parecidos entre ellos. Denuncian a la prensa vendida de la época. El

primero me asombra por su simplicidad: un rostro de perfil con los ojos vendados por un billete, el oído tapado con un corcho y la boca abierta, de donde sale una culebra. De fondo se asoma la silueta de una ciudad. Debajo hay una leyenda: “Prensa corrupta”.

El siguiente cartel es explícito. Una mano con la leyenda “Gobierno” embute billetes en la boca de un hombre de traje; en lugar de una pluma, de su sombrero sale un papelito con la leyenda: “prensa”. Entre la mano y el hombre hay un diálogo.

–¿Verdad que vas a decir la pura verdad?

–Yes, jefe.

El Movimiento Estudiantil de 1968 se enfrentó a una prensa que, con excepciones, actuaba como propagandista del régimen. Todas las noches Jacobo Zabłudovsky en *El diario Nescafé* daba el reporte oficial de las noticias del país y del mundo, siempre apegado a la línea gubernamental. Los periódicos estaban controlados a través del monopolio del papel que tenía la empresa paraestatal Pipsa. Diversos medios aceptaron también la sujeción al poder a cambio de la publicidad oficial (o sea de dinero público que les daba el gobierno), por ejemplo, el diario *El Universal*. El 30 de julio de 1968, José Manuel Lanz Duret, presidente de ese periódico, le escribía al secretario de Gobernación, Luis Echeverría, una carta en donde aplaudía la represión a los estudiantes en el Centro Histórico de la Ciudad (o sea celebraba el bazucazo): “las medidas que usted, conjuntamente con otras autoridades, ha tomado, son verdaderamente acertadas y espero que la paz y el orden se restablezcan rápidamente”. Una semana después de la matanza del 2 de octubre, el gerente del mismo periódico, Juan Francisco Ealy Ortiz, volvía a escribirle a Luis Echeverría. Le pedía que le duplicara el pago de publicidad, con el pretexto del 52 aniversario del periódico, y “a fin de orientar al público sobre las realizaciones logradas por la Secretaría de Gobernación”.



“¡No entendemos este lenguaje! Cese inmediato de la represión del diálogo!

Hoja impresa. Cartel 35 x 23.5 cm.
Archivo Ana Ortíz Angulo / www.ahunam.unam.mx

Hoy, 50 años después, Ealy Ortiz es el presidente y director general de *El Universal* (tomo estas cartas de *La otra guerra secreta*, de Jacinto Rodríguez Munguía).

Las brigadas del Movimiento Estudiantil fueron una respuesta a este feroz control oficial. En una época en la que no existía el internet, las redes sociales ni los teléfonos celulares, los estudiantes salieron a establecer una comunicación cara a cara con el pueblo. Miles de jóvenes armados de volantes tomaban las calles, hablaban unos minutos ante cientos de personas que escuchaban entre sorprendidos y emocionados. El éxito de las brigadas se demostró en la respuesta masiva a las marchas que convocó el Consejo Nacional de Huelga los días 13 y 27 de agosto y 13 de septiembre: a pesar de que la prensa reproducía el discurso oficial y los retrataba como agitadores al servicio de una conjura extranjera, cientos de miles de personas acompañaron a los estudiantes en su camino al Zócalo del Distrito Federal.

¿Qué ha cambiado en 50 años para la prensa en México? Tantas cosas: con el internet y las redes sociales, los medios de comunicación perdieron el control de la información. Esta revolución tecnológica provocó una crisis en los medios de comunicación: la gente compra muchos menos periódicos —porque accede a contenidos gratuitos en internet— y se informa a través de sus redes sociales. Hablo desde mi experiencia como reportero: estuve en el diario *Reforma* entre 2004 y 2008 y, desde entonces, soy colaborador *freelance* de medios nacionales e internacionales. He visto el cierre de revistas, el despido de decenas de compañeros, la precarización de los salarios y las prestaciones de quienes generamos contenidos. México es además el segundo país más peligroso para ejercer el periodismo después de Siria: 13 periodistas han sido asesinados entre enero y agosto de 2018. Los medios de comunicación, 50 años después, se han guarecido de la tormenta debajo del paraguas de la publicidad oficial. De

acuerdo con un análisis de la organización Artículo 19, el gobierno de Enrique Peña Nieto gastó, entre 2013 y 2017, 40 mil millones de pesos en publicidad oficial —el equivalente a un año del presupuesto de la UNAM— a un ritmo de casi un millón de pesos por hora. Los principales beneficiarios fueron Televisa (16 por ciento) y TV Azteca (9 por ciento). ¿Funcionó el derroche? Según las encuestas Enrique Peña Nieto dejará el gobierno con una aprobación de 20 por ciento, la más baja que se haya registrado.



Consejo Nacional de Huelga. “Gran manifestación popular de luto y protesta”

Hoja impresa Cartel 25 x 37 cm.
Archivo Ana Ortiz Angulo / www.ahunam.unam.mx

La Escuela de Economía

Unos días antes Economía era una escuela como cualquiera, con maestros que van vestidos de traje a dictar cátedras y estudiantes que hacen sus tareas. Unos días antes uno de esos estudiantes, el Chale, no tenía ni idea de para qué servían los partidos políticos ni en qué se distinguían el PAN del PRI o el PPS. Y apenas unos días antes la mayoría de esos muchachos y muchachas no habían oído hablar de Vietnam, Ho-Chi-Min o la invasión a Checoslovaquia. Tras el bazucazo a San Ildefonso y la marcha del rector, los acontecimientos se precipitaron: las escuelas en huelga se tornaron escuelas de libertad y organización política. “El movimiento empezó hacia adentro: tratando de convencernos y politizarnos el uno al otro”, me dice el Chale. Lo primero: se instaló una asamblea permanente que se convirtió en una academia de formación política. Cualquiera se paraba y se echaba un rollo, aunque no supiera cómo terminarlo. Aunque ese *cualquiera* era excluyente: se refería sólo a los varones: “los hombres eran quienes se ocupaban de dirigir y las mujeres de hacer las compras para la comida... nunca intervenimos para hablar en la asamblea”, recuerda Josefina Alcázar, entonces de 18 años.

Y acaso nunca como en esas semanas la palabra *escuela* tuvo más sentido. Porque estudiar, discutir, leer, escribir, se convirtieron en tareas prioritarias. Se aprendía de la guerra de Vietnam, la Revolución Cultural china, la Revolución Cubana, los presos políticos, el sindicalismo independiente, el levantamiento y asesinato de Rubén Jaramillo. Circulaban y se comentaban libros de José Revueltas a Jean Paul Sartre, de los jóvenes autores del *boom* como Julio Cortázar y Gabriel García Márquez, de los clásicos del marxismo: Marx, Engels, Trotski y Rosa Luxemburgo. Las novelas de Herman Hesse, como *Demián*, que le dejó una frase grabada a Josefina: “para nacer hay que romper un mundo”.

Se organizaron las guardias: algunos se quedaban a dormir en la Escuela, no en los salones sino en los sillones de las oficinas administrativas, que tenían sillones más cómodos. Y se formaron las brigadas, que volvían de la calle con los botes llenos de monedas. Se recaudaba tanto dinero que la asamblea destinó a uno de los estudiantes exclusivamente a la contabilidad. Imaginemos la escena: hay tres mesas repletas de cerros de monedas, ordenadas según su valor y tamaño, y al lado unos cien botes con las siglas del CNH que llegaban, los vaciaban y volvían a salir a una nueva expedición a las calles de la Ciudad de México, y un muchacho, de apellido Fuentes, que todo el día se dedica a contar el dinero y repartirlo para las tareas que encomendó la asamblea. Si al principio de la huelga había cierto desconcierto, en pocos días había ya comisiones para redactar e imprimir volantes, visitar otras escuelas, cocinar, salir a comprar comida. Muy pronto hubo escasez de papel y había que ir a conseguirlo a distintas papeleras en la ciudad, que les vendían papel a escondidas y arriesgando el pellejo, pues el gobierno les había prohibido surtirle al Movimiento Estudiantil.

En la Escuela de Economía, el Movimiento puso a cada quien en su lugar. En los últimos semestres había un grupo a quienes les llamaban

“los toficos” por un comercial de dulces envueltos en papel plateado, que decía: “los toficos, ay qué ricos”. Los toficos eran Carlos Salinas de Gortari, Manuel Camacho Solís y María de los Ángeles Moreno quienes, dos décadas después, en 1988, ascenderían al poder, el primero como presidente de la República, el segundo como regente del Distrito Federal y la tercera como secretaria de Pesca. Los toficos, de buenas familias y con todas las palancas en el gobierno, de ninguna manera se involucraron en el Movimiento, simplemente dejaron de ir a la Escuela durante la huelga. Al mismo tiempo, la Escuela de Economía fue la ventana para el crecimiento político de montones de estudiantes, como Eduardo Valle Espinoza, el *Búho*. Era militante de las Juventudes Comunistas (un ala del Partido Comunista) pero en su Escuela había dos dirigentes más importantes de las Juventudes: Pablo Gómez y Joel Ortega. A Pablo y a Joel el Partido Comunista los había enviado al Encuentro Mundial de la Juventud en Sofía, Bulgaria, el 25 de julio y regresaron hasta el 14 de agosto, así que dejaron un hueco que llenó el *Búho*. Buen orador, la asamblea de Economía lo eligió su representante ante el Consejo Nacional de Huelga (CNH) junto con Gustavo Gordillo.

En algún momento cundió la zozobra en la Escuela: el *Búho* no aparecía. “El *Búho* desaparece varios días y empieza a correr el rumor de que lo tenía la Dirección Federal de Seguridad (la policía política del gobierno). Un día, Gustavo Gordillo dice ‘compañeros, les tengo una gran noticia, en estos momentos nos están informando que ya está con nosotros Eduardo Valle’. La Escuela estaba enloquecida porque era el líder y alguien pregunta dónde está, responden que en Copilco, y sale toda la asamblea por él, y el *Búho* se aventó un discurso incendiario sensacional”, me cuenta José Luis Araiza. Y luego me revela la verdad sobre la desaparición de su compañero: “Supe que se desapareció porque decidió unir su vida con Rosa María, y se había ido a casa de un amigo a San Luis Potosí”. La luna de miel

del Búho la entiendo, más que como un breve escape, como una expresión de la vitalidad del Movimiento: la vida es tan intensa que es el momento propicio para que dos jóvenes decidan compartir la vida ante la inminencia de la revolución y de la muerte. Momentos de libertad y goce.

“Queríamos una libertad que no se tenía; veníamos de una familia muy patriarcal donde los valores victorianos permanecían... ¿Cuántos no tuvimos que enfrentar a la figura paterna para estar en el Movimiento?”, me dice José Luis Araiza 50 años después. En su caso la figura paterna era nada menos que Luis Araiza, un líder sindical muy cercano al secretario de Gobernación Luis Echeverría. “Estás indigesto de marxismo”, lo regañaba su padre cuando José Luis se iba a las marchas y a las brigadas; “yo no quiero discutir con el Luis Araiza de hoy sino con el anarquista de los años 30”, le respondía su hijo, porque antes de disciplinarse a las filas del PRI, Luis Araiza había sido fundador de la Confederación General de Trabajadores, una central obrera de tendencia anarquista. Era “la ruptura de la inocencia, de la obediencia, de la sumisión”, me dice Josefina Alcázar.

La noche del 15 de septiembre, simbólicamente, el Movimiento Estudiantil fundó una nueva república. El profesor Heberto Castillo, de la Coalición de Maestros Democráticos, dio *el grito* de Independencia en la explanada de rectoría de la UNAM. La ceremonia del Grito estaba reservada al presidente, a los gobernadores, a los alcaldes, a los funcionarios del Estado que, sin excepciones, eran del PRI. De esa noche me dice el Chale: “Pensábamos que éramos libres, que éramos el núcleo de una nueva república donde los ciudadanos externábamos lo que queríamos ser”. Esa noche la explanada de rectoría albergó una verbena popular donde los estudiantes se sintieron libres no sólo para luchar sino también para amarse. Como en toda kermés, algunos jóvenes decidieron casarse y Heberto Castillo fungió como

juez de esos matrimonios de mentiritas. El gobierno después usó esos *matrimonios* para acusar a Heberto de usurpación de funciones.

Acaso por eso apenas dos días después el gobierno mexicano irrumpió de nuevo en la Universidad. El 18 de septiembre el ejército invadió el campus de Ciudad Universitaria. Con tanques, soldados tomaron las escuelas, los auditorios, las explanadas. Los estudiantes salieron corriendo. “Alejandro López, el director del cine club de la Escuela de Economía, estaba tan encabronado que le aventó un ladrillo a un soldado, el soldado volteó a vernos y nos dijo: ‘chinguen a su madre’. Fue bueno que sólo nos ofendiera y no nos disparara”, recuerda Francisco Pérez Arce. De las garras del ejército había que salvar lo máspreciado: el mimeógrafo. Pérez Arce recuerda a dos compañeras corriendo con dificultades porque cargaban el pesado aparato, que se había convertido en una de las armas políticas más eficaces del movimiento.

A ritmo de la guitarra de Jimmy Hendrix, de la voz de Janis Joplin, de los Beatles y los Rolling Stones, de los Doors, de Thelonious Monk, los estudiantes construían un movimiento democrático frente a un gobierno autoritario. Pudieron sentir que el Movimiento era su proyecto, la escuela era su casa, las calles y el país eran suyos durante ese corto verano de la libertad.

Topilejo

Unos campesinos llegaron a pedir ayuda a la asamblea de la Escuela de Economía. Dijeron que eran de un pueblo llamado Topilejo, allá por la salida a Cuernavaca. Contaron que se había volcado un autobús de la ruta Xochimilco-Topilejo, que se habían muerto 24 personas y que había otros 20 heridos. Venían por el apoyo de los estudiantes. Porque esos accidentes eran frecuentes: los autobuses de transporte público eran viejos y los caminos daban pena de lo mal que estaban. Era el 3 de septiembre de 1968.

“No somos los únicos que salen a la calle a pedir solidaridad”, pensó Josefina Alcázar, “ellos nos necesitan a nosotros tanto como nosotros a ellos”. En cuestión de horas el Movimiento Estudiantil se volcó a Topilejo. Los estudiantes de ingeniería fueron a trazar caminos; los de Medicina, a atender las diarreas recurrentes de los niños; los de Economía formaron la brigada Avante y se instalaron en el pueblo. Las familias les prestaron dos casas, que llamaron Villa Flores Magón y Quinta Rosa Luxemburgo.

Los vecinos de Topilejo tenían demandas concretas: indemnización para las víctimas, renovación de autobuses y reparación de las carreteras. Los estudiantes los animaron a formar un Comité de Lucha pero fueron respetuosos de sus decisiones y de su proceso. Pronto, el entonces Jefe del Departamento del Distrito Federal, el

general Alfonso Corona del Rosal, acusó a los de Topilejo de estar infiltrados por comunistas. Ninguna de esas acusaciones arrojó a los de Topilejo ni a los estudiantes. En castigo, los transportistas dejaron de dar servicio mientras transcurrían las negociaciones, y los estudiantes tomaron unos 30 autobuses, varios de ellos de la UNAM, para dar el servicio de transporte público: muchachos de 18 o 20 años conducían vehículos de la universidad con campesinos que llevaban calabaza, amaranto, maíz o frijol a vender a Xochimilco.

El ejército empezó a hostigar al pueblo: hacían redadas nocturnas, irrumpían en las casas y revisaban hasta debajo de las camas en busca de los conspiradores soviéticos que sólo existían en el discurso de los políticos. Para evitar las incursiones del ejército, los de Topilejo levantaron barricadas en los accesos a su pueblo. Como ya no se podía entrar ni salir en vehículos, los estudiantes iban a Topilejo a ayudar a cargar los costales de verduras y elotes desde las parcelas hasta las calles donde podían abordar un autobús para llevar la mercancía a vender.

En Topilejo se hicieron obras de teatro, conciertos, círculos de estudio. El 15 de septiembre, mientras el profesor Heberto Castillo daba el Grito en la explanada de la rectoría, en Topilejo hacía lo mismo José del Rivero, estudiante de la Escuela Nacional de Economía. Algunos brigadistas plantearon crear “uno, dos, tres Topilejos” tal como a nivel mundial se planteaba hacer “uno, dos, tres Vietnams” como enclaves de resistencia al imperialismo. Apareció una pinta que se hizo famosa: “Topilejo, territorio libre de América”. Mientras eso ocurría, las negociaciones seguían su curso. El 17 de septiembre el pueblo ganó una indemnización de 25 mil pesos para la familia de cada muerto, renovación de los autobuses y al poco tiempo se construyó un nuevo camino y se celebró una asamblea de los pueblos del sur. Después del 2 de octubre algunos estudiantes se refugiaron en Topilejo, y dos años después, en 1970, seguían yendo brigadas a acompañar a los

campesinos, a hacer toquines de jaraneros y lecturas de poesía. Si el Movimiento Estudiantil fue derrotado en Tlatelolco, en Topilejo tuvo una victoria rotunda mientras acompañaba a un pueblo en su camino hacia la dignidad y la resistencia.



Consejo Nacional de Huelga. "El gobierno niega el diálogo por temor a la verdad!"

Hoja impresa. Cartel. 35 x 24 cm.
Archivo Ana Ortiz Angulo / www.ahunam.unam.mx

Las marchas

El PRI le había dado a México presidentes represores pero carismáticos, como Adolfo López Mateos, que se metía a ver la lucha libre sin guardaespaldas y se mezclaba con la gente; o presidentes-empresarios como Miguel Alemán, millonario y vanidoso. Entre todos ellos Gustavo Díaz Ordaz era quizá el menos agraciado: feo, trompudo y mal orador. Y cargaba con una historia negra: antes de la presidencia había sido secretario de Gobernación de López Mateos, en un sexenio en donde se encarceló a miles de ferrocarrileros disidentes y el ejército asesinó al líder campesino Rubén Jaramillo, acribillado con sus hijos y su esposa embarazada a los pies de la pirámide de Xochicalco.

El primero de agosto de 1968, mientras decenas de miles de estudiantes marchaban por la avenida de los Insurgentes con el rector Javier Barros Sierra a la cabeza, el presidente Gustavo Díaz Ordaz daba un discurso en Guadalajara en la sobremesa de una comida con el gobernador de Jalisco. Con un tono teatral, lamentaba los “deplorables acontecimientos” de la capital de la República, que habían provocado “la pérdida transitoria de la tranquilidad por algaradas en el fondo sin importancia”. Se hacía la víctima, decía que le dolían en el alma los bochornosos sucesos, y luego se ponía en plan de perdonavidas. Decía que iba a hacer a un lado su amor propio y lanzaba un ofrecimiento: “una mano está tendida (...) los mexicanos dirán si esa

mano se queda tendida en el aire o (...) se vea acompañada por millones de manos de mexicanos que, entre todos, quieren restablecer la paz y la tranquilidad". Se le conoce como "el discurso de la mano tendida". Pero ya era demasiado tarde y ya eran muchos los errores de Díaz Ordaz: sacar al ejército a reprimir las marchas del 26 de julio, y luego detonar un bazucazo contra la Preparatoria Uno la madrugada del día 30, y amedrentar la marcha del rector con soldados y metralletas en el Parque Hundido.

Apenas terminó la manifestación de Barros Sierra, los estudiantes politécnicos corrieron a organizar su propia marcha. El lunes 5 de agosto la hicieron efectiva: unas cien mil personas, la mayoría del Instituto Politécnico Nacional (IPN) marcharon de la unidad de Zacatenco al Casco de Santo Tomás. Según Raúl Álvarez Garín el Movimiento Estudiantil en realidad empezó ese día y en esa marcha, porque no les había hecho falta que un político los convocara (como en la marcha del rector). Habían sido los estudiantes del Poli a través de sus comités de lucha de Zacatenco y Santo Tomás quienes la organizaron. Generosamente, los estudiantes habían invitado al director del Poli, Guillermo Massieu, a que fuera hasta delante de la marcha, pero el director se negó. Por eso la movilización la encabezaron los maestros, y al llegar a la plaza del Carrillón, en Santo Tomás, los únicos oradores fueron Fausto Trejo, profesor de la Vocacional 7, y el propio Raúl Álvarez Garín, de la escuela de Físico-Matemáticas del Poli. Ese día nació el pliego petitorio del Movimiento con sus seis puntos, que Raúl dio a conocer esa tarde. Y le puso al gobierno un plazo de 72 horas para que resolviera o las escuelas se irían a la huelga indefinida (hasta entonces estaban en paro).

Esa marcha del 5 de agosto desató la organización estudiantil. El 8 de agosto, en la Voca 7, nació el Consejo Nacional de Huelga (CNH): una asamblea de tres, y luego dos, representantes de cada escuela en huelga, que se asumió como la dirección del Movimiento. Los estudiantes

de la UNAM y el Poli ya habían probado el sabor de tomar las calles. Ese bocado les abrió el apetito de la gran conquista política: el Zócalo. Vendría pronto la primera megamarcha del Movimiento Estudiantil.

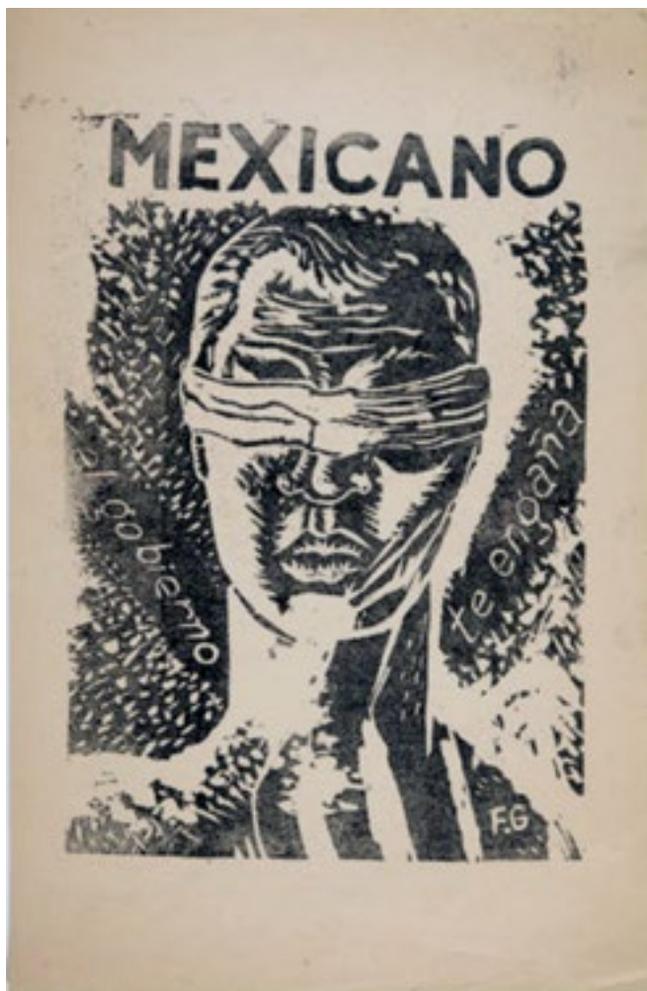
El martes 13 de agosto cientos de miles de personas entre estudiantes, maestros, madres de familia y trabajadores caminaron desde el Museo de Antropología por el Paseo de la Reforma, la Avenida Juárez y la calle de Madero hasta el Zócalo de la Ciudad de México, donde los recibió el repique de campanas de la catedral. “¡México, libertad!”, gritaban los estudiantes. Después lanzaron un desafío al presidente: “a la mano tendida, la prueba de la parafina”. Y ya que se acercaban a la plaza de la Constitución, lo interpellaron abiertamente: “¡Sal al balcón, bocón!, ¡sal al balcón, hocicón!” Me cuenta Humberto Pozos, brigadista del Poli: “en las marchas la gente nos aplaudía, nos aventaba flores y comida. Éramos los rescatadores de la dignidad del pueblo mexicano”.

Quien no haya ido a una marcha estudiantil se ha perdido una de las experiencias más emocionantes. Estás ahí y sabes que eres un solo cuerpo con otros miles. Hay furia: por los presos políticos (en 1968), por las cuotas a la educación superior (en la huelga de 1999); por el regreso del PRI (en el #Yosoy132 de 2012); por los desaparecidos (de Ayotzinapa en 2014). Los estudiantes hacen de la furia, fiesta. Miles bailan, gritan, trotan. La marcha, durante esa tarde, se convierte en el centro del poder en un país de 50 o 120 millones de habitantes. Una ciudad se congela ante una fiesta que camina, que exige, que repudia, se burla. Las parejas se besan, las filas cantan, los tambores resuenan. En las marchas de 1968 había, además, una conciencia internacional. “¡Ho, Ho, Ho-Chi-Min!”, gritaba la masa en solidaridad con Vietnam. Luis González de Alba, representante de la Facultad de Filosofía y Letras ante el CNH, lo contó en *Los días y los años*: “de cada bocacalle salían grupos cantando y gritando, algunos bailaban y hacían las cosas más extrañas y locas, pero nadie les prestaba atención; era como una fiesta en las calles de la ciudad: las mantas se

agitaban, las banderas rojas eran peleadas por muchos, se encendían periódicos como antorchas. Un triunfo más, otro regreso, de nuevo ese clima de ensueño, de fantasía, y la misma respuesta: la ciudad a oscuras” (porque el gobierno apagaba el alumbrado público).

Ante el éxito, el Movimiento Estudiantil preparó la siguiente marcha para el 27 de agosto. Las brigadas salieron a convocar, se imprimieron cientos de miles de volantes, estudiantes de otros estados se trasladaron a la Ciudad de México y se hizo el milagro: el 27 de agosto los jóvenes de 1968 hicieron la movilización más grande en la historia de México. Cientos de miles de personas, los cálculos más audaces hablan de 500 mil, en las calles de la capital. En relación con la población, no ha habido una columna más numerosa en el país. ¿Cómo será la emoción de un estudiante de 18 o 20 años, que vive bajo una dictadura que encarcela y asesina a sus opositores, y logra este gran triunfo político? Amalia Zepeda, una entre esos miles, me cuenta el candor, el exceso de confianza: “esperábamos que Díaz Ordaz saliera al balcón, y nunca salió”. El CNH, para entonces, había añadido de manera implícita una séptima condición al pliego petitorio: diálogo público. Y entonces un estudiante del Poli, representante de la Escuela de Economía ante el CNH, arrebató el micrófono y llamó a la multitud que se quedara una comisión instalada en el Zócalo, para forzar a Díaz Ordaz al diálogo público cuando saliera al *besamanos* del primero de septiembre después del informe presidencial.

“Los oyentes, entusiasmados, aclaman la propuesta. El mitin se disuelve, pero ahí se quedan varios miles en la llamada ‘guardia permanente’. El Zócalo está poblado aquí y allá por grupos de distintas escuelas. Algunos prenden fogatas y se sientan en torno a ellas. La noche es fresca. Hay guitarras y jorongos y corridos de la Revolución. Es como un gran set de cine que reproduce escenas vistas en la pantalla: los revolucionarios con sus armas en reposo, después de la batalla, esperando que la noche pase. La propuesta del ‘plantón’



“Mexicano el gobierno te engaña”.

Hoja impresa. Cartel 33x21.5 cm.
Archivo Ana Ortiz Angulo / www.ahunam.unam.mx

vino de un miembro del CNH de nombre Sócrates Campos Lemus. Para muchos era una provocación. Meses después se dio por cierto que Sócrates era un agente del Gobierno. Pero, provocación o no, el caso es que los que ahí se quedaron representaban el ánimo predominante. El triunfo que fue la manifestación de ese día hizo que el movimiento se desbocara; que pecara de soberbia; el imperdonable pecado de soberbia^{xi}, como lo cuenta Francisco Pérez Arce.

Para el gobierno fue un desafío inaceptable. Después de la medianoche se activaron las bocinas del Zócalo: desalojen la plaza de inmediato, dijo la voz. Sonó una segunda vez. Lo que siguió parecía una escena de la invasión soviética a Checoslovaquia, pero era la Ciudad de México: tropas y tanques de guerra saliendo del Palacio Nacional para disolver una multitud. El Chale se había ido a comer unos tacos y cuando regresó ya no pudo entrar a la plaza: estaba cercada por soldados. “Estábamos en el centro del Zócalo, cerca del asta, cuando apagaron las luces y salieron los tanques de la Suprema Corte y el Palacio Nacional. Todos corrieron como podían y a donde podían”, me cuenta Severiano Sánchez, entonces estudiante de Físico-Matemáticas en el Poli.

Díaz Ordaz decidía, una vez más, enfrentar al Movimiento Estudiantil con soldados, tanques, ametralladoras, que todavía no tenían la orden de abrir fuego sobre la muchedumbre pero que desmentían la supuesta mano tendida del discurso de Guadalajara. Fue la primera advertencia. Cinco días después vendría, ahora sí, la amenaza. En el informe presidencial Gustavo Díaz Ordaz pronunció la famosa frase “hemos sido tolerantes hasta excesos criticados”. Y dijo que recurriría a los artículos constitucionales que le autorizaban a usar el ejército para garantizar la *seguridad interior* del país. Después de cuatro marchas de decenas y cientos de miles, Díaz Ordaz había pasado de la mano tendida a la amenaza de sofocar con sangre la disidencia juvenil.

El Movimiento resintió la amenaza. Había miedo, parálisis. La asistencia a las brigadas y asambleas descendió. Corrían rumores en Ciudad Universitaria: ya viene el ejército, decían, y era falso, pero algunos ya habían corrido a ocultarse. El gobierno apretaba: la policía correteaba a las brigadas y cada tanto repartía macanazos y detenía estudiantes. El CNH sesionaba dos veces a la semana y, entre otras largas discusiones, se debatía cómo reactivar a las masas. Surgió una propuesta: una marcha de silencio. Entre algunos brigadistas era una incomprensible: ¡había que gritar!, pero la propuesta fue adquiriendo fuerza, convenciendo. De repente era un acuerdo: el 13 de septiembre vendría la quinta gran marcha del Movimiento Estudiantil, misma ruta, del Museo de Antropología al Zócalo, pero ahora sin una sola consigna. Quien quisiera podría taparse la boca con cinta, ponerse un esparadrapo, pero había que permanecer callado durante el camino. Me dice Josefina: “significaba decir: ‘a pesar del miedo aquí estamos’”.

Mariángeles Comesaña recurre a la metáfora: “La marcha del silencio fue el mayor grito que dimos. Era la fuerza del silencio al enorme insulto del presidente Díaz Ordaz de que éramos unos revoltosos gritones”. El Movimiento demostró su disciplina: el silencio era tan profundo que sólo se oían los pasos acompasados de la gente como en una marcha militar. Al principio no parecía tan grande, pero a la altura de Insurgentes ya era de decenas de miles. Una vez más el Zócalo conquistado; la batalla de los símbolos la había vuelto a ganar la juventud: ni eran gritones, ni agitadores, ni agentes de una potencia extranjera contra las olimpiadas. En el mitin se rompió el silencio, hubo oradores. Esa tarde Eduardo Valle, el Búho, dio uno de los discursos más memorables del Movimiento, con una frase que se sigue citando: “Cuando se conoce lo dulce de la libertad, jamás se olvida, y se lucha incansablemente por nunca dejarla de percibir, porque ella es la esencia del hombre, porque solamente el hombre se realiza plenamente cuando se es libre y en este movimiento miles hemos sido libres, verdaderamente libres”.

La batalla de Tlatelolco^{XII}

El 18 de septiembre el ejército tomó Ciudad Universitaria. Los estudiantes salieron por piernas y dejaron el campus a los tanques y batallones de soldados. Unos días después, el 23 de septiembre el gobierno quiso tomar el Casco de Santo Tomás, pero los politécnicos reaccionaron por completo diferente: resistieron. Muchos del Poli venían del interior del país, eran hijos de obreros o campesinos; en los casi dos meses de huelga el IPN se había convertido en su casa. No se trataba sólo de defender la huelga; había que defender la escuela, su nueva casa: sus bancas y laboratorios, sus bibliotecas y sus aulas, de las garras destructoras de la policía.

Esos días la Ciudad de México atestiguó dos batallas históricas. O una misma batalla librada en dos frentes. Los granaderos atacaron el Casco de Santo Tomás y se toparon con la resistencia de miles de jóvenes que respondieron con bombas molotov, piedras y cohetones lanzados con tubos de agua. Y entonces ocurrió uno de esos destellos de destreza militar que surgen de la gente de a pie. Los estudiantes de la Escuela Vocacional 7, la “Piloto Cuauhtémoc” (no porque Cuauhtémoc fuera piloto —era tlatoani—, sino porque era un proyecto piloto de una Vocacional que enseñara literatura, psicología

y otras humanidades además de las materias técnicas) pensaron en cómo podrían ayudar a sus compañeros de Santo Tomás. La Voca 7 estaba en la Unidad Tlatelolco, se había construido ahí en 1965 para ofrecer a los jóvenes de esos edificios una opción de bachillerato de primer nivel. Los tlatelolcas, por lo tanto, la sentían suya, sus hijos eran sus estudiantes y se habían involucrado en el Movimiento Estudiantil y estaban dispuestos a defenderla. Estudiantes y vecinos se prepararon para la batalla: con cucharas, los niños arrancaron las piedras de las calles empedradas; los chavos armaron cientos de bombas molotov, y alistaron hondas con tuercas de desecho que les habían regalado los ferrocarrileros democráticos.

La idea no era defender el campus, sino atraer a los granaderos a la Voca 7; distraer a las fuerzas del gobierno del ataque al Casco de Santo Tomás. Los estudiantes salieron a prenderle fuego a automóviles y patrullas, a bloquear calles. Pero nada. El gobierno no mordía el anzuelo. Había que ir a un punto estratégico: el cruce de Paseo de la Reforma y avenida Insurgentes. Rompieron los semáforos y crearon un caos vial. Los granaderos no tuvieron de otra y a las 7 de la tarde llegaron a la Unidad Tlatelolco a enfrentar a los chavos de la Voca. Y ahí empezó la batalla. De las azoteas les llovieron piedras que les arrojaron niños y adolescentes. En esos años, a las casas de los chilangos había llegado un invento nuevo: el boiler automático, que también se convirtió en un arma: las amas de casa regaron a los policías con miles de litros de agua hirviendo. A *los tiras* les lanzaron bombas molotov, tiros de honda y resortera. De la Voca 9 llegaron refuerzos: el equipo de fútbol americano, con cascos y uniforme, fue a taclear a un grupo de granaderos. Los madrazos se extendieron a los barrios bravos del norte de la ciudad: de la Santa Julia hasta Tepito, los chavos banda, los *chakas*, los comerciantes, los mariguanos, los *chambitas* y los *ninis* de aquel entonces, resentidos con la

policía porque los detenían y hostigaban a cada rato, se sumaron a los estudiantes en peleas físicas contra los policías.

La batalla duró hasta la medianoche, que los granaderos tomaron la Voca 7, pero con la sorpresa de que no había nadie ahí (a los estudiantes no les interesaba defender las instalaciones, sólo distraer a los granaderos). Y así como entraron, salieron. Al otro día, entre el humo de los gases lacrimógenos, la gente hacía recorridos para visitar la escuela, y asombrarse de los orificios de las balas. Se había cumplido el objetivo: el Casco de Santo Tomás sostuvo su resistencia durante días, y el gobierno tuvo que mandar, primero, a la policía montada y después al ejército a tomarlo. Cuando llegaron los soldados, los politécnicos ya no opusieron resistencia y se retiraron.

El gobierno se vengó. Cerró la escuela. Después del 2 de octubre la Voca 7 nunca volvió a abrir sus puertas en Tlatelolco. Movieron a los chavos a Zacatenco, luego a Iztapalapa, y sepultaron el proyecto de combinar humanidades con materias técnicas. La Voca 7 de hoy, en la Calzada Ermita Iztapalapa, lleva el mismo plan de estudios de las demás. Las autoridades del IPN cedieron al IMSS las instalaciones de la Voca 7 en Tlatelolco, que instaló ahí una farmacia y algunas oficinas anexas a una clínica. El último enterrador del proyecto fue el gobierno de Enrique Peña Nieto. En 2013 grúas y trascabos demolieron lo que quedaba de la heroica Voca 7, que le ganó una batalla militar al Estado mexicano en el verano de 1968.



Cartel propagandístico del movimiento estudiantil
"Libertad."

Serigrafía sobre papel, 48 x 35 cms, restaurado.
Archivo Ana Ortiz Angulo / www.ahunam.unam.mx

La masacre de Tlatelolco

El papá de Josefina Alcázar, un químico de formación militar, había tolerado que su hija acudiera a cuanta marcha, brigada o asamblea quisiera ir. Pero ese día, justo ese 2 de octubre, fue firme: “a la marcha de Tlatelolco no vas, y si te tengo que amarrar, te amarro”. Su entrañable amiga Amalia Zepeda sí había salido de su casa para ir al mitin, pero había ido tarde. Caminaba por Paseo de la Reforma cuando vio a lo lejos a un helicóptero disparar una luz de bengala. Luego vino el ruido de una guerra: cascadas de balas que se estrellaban contra el pavimento. Un estudiante, corriendo a toda velocidad en sentido contrario, le previno que no se acercara, que los soldados estaban disparando hacia la gente.

Quienes sí estaban en la Plaza de las Tres Culturas —la Plaza de las Sepulturas, la llamaría después el líder ferrocarrilero Demetrio Vallejo— eran Joel Ortega, Francisco Pérez Arce y Mariángeles Comesaña, cada uno por su lado. Joel Ortega estaba en la entrada del edificio Chihuahua y alcanzó a salir por el lado oriente de la Unidad Tlatelolco, debajo de los disparos de un helicóptero artillado. Paco Pérez Arce se refugió en un departamento con otros 20 estudiantes, salió dos horas después cuando la balacera amainó; un soldado lo

dejó escapar de Tlatelolco y corrió por Paseo de la Reforma hasta que pudo abordar un autobús. Mariángeles Comesaña, después de correr, ver cuerpos caer, tocar puertas de departamentos, pudo escapar de Tlatelolco con la mentira de que había salido a comprar pan.

Ellas (y ellos) tuvieron suerte. De unas 10 mil personas que había en la Plaza de las Tres Culturas, dos mil o tres mil fueron detenidos (una detención ilegal), unos 200 cayeron heridos, una decena desapareció y 60 fueron asesinados^{xiii}. ¿Qué ocurrió *la noche de Tlatelolco*? De acuerdo con los investigadores, la masacre del 2 de octubre fue un operativo de Estado para sofocar con sangre el Movimiento Estudiantil. Con una semana de anticipación, el ejército tomó el control de departamentos de la Unidad Tlatelolco, que usaría como centros de detención temporal. Ese día intervinieron —cuando menos— tres cuerpos de las Fuerzas Armadas. Unos 200 francotiradores del Estado Mayor Presidencial, que estaba bajo las órdenes directas del presidente, se apostaron en los pisos superiores e iniciaron la balacera sobre la muchedumbre, incluidos los soldados. En los alrededores del edificio Chihuahua se había apostado el Batallón Olimpia, un batallón de élite del ejército creado para los Juegos Olímpicos. Vestían de civil y se identificaban con un guante blanco o un pañuelo también blanco en la mano izquierda. Su misión era detener a los miembros del Consejo Nacional de Huelga, los líderes del Movimiento, que estaban concentrados en la terraza de ese edificio, desde donde dirigían discursos. Y por último la tropa del ejército, que cerró las salidas de la plaza y entró con bayoneta calada. Acaso por eso heridos y muertos tenían heridas y disparos en la espalda y las nalgas.

El operativo militar encajonó a la multitud y la sometió a horas de terror. Y tenía otro propósito: respaldar la versión oficial que al día siguiente aparecería en los periódicos: que comandos armados del CNH abrieron fuego desde las azoteas y tiraron contra las tropas y la

gente, y que el ejército había respondido también a balazos a la agresión. Era la *verdad histórica* que se inventaba el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz para lavarse las manos, tal como 46 años después el gobierno de Enrique Peña Nieto se inventaba la *verdad histórica* de que 43 normalistas de Ayotzinapa habían muerto calcinados a manos de un grupo del crimen organizado en el basurero de Cocula, Guerrero (un organismo de expertos internacionales, el GIEI, desmintió la historia de la incineración en el basurero). No hay que olvidar que los 43 de Ayotzinapa habían llegado a Iguala, donde fueron balaceados y secuestrados por policías, a tomar camiones para acudir a una manifestación en honor a los caídos del 2 de octubre de 1968. El régimen del PRI, viejo o nuevo, repetía sus costumbres. En ambos casos las supuestas verdades históricas cayeron rápido. En enero de 1971, un par de meses después de que Díaz Ordaz dejara la presidencia, Elena Poniatowska publicó *La noche de Tlatelolco*, una crónica coral que reunía cientos de voces de personas que habían estado en la plaza, y que derribaban con sus testimonios la versión del gobierno.

Poniatowska recoge relatos estremecedores: de testigos que vieron a personas entregarse y fueron acibilladas; de jóvenes que se comían sus credenciales mientras estaban ocultos en algún departamento para no ser identificados como estudiantes; de soldados que descalzaban y desnudaban a los líderes, o rapaban las cabezas de los jóvenes para humillarlos porque el cabello largo era símbolo de rebeldía, de las golpizas de los soldados contra los jóvenes, de las madres que recorrían morgues, hospitales y cárceles en busca de sus hijos, una de ellas, la mamá del Búho.

Al otro día la prensa informó que habría poco más de 20 muertos (la cifra osciló entre 24 y 28, según la fuente) y Díaz Ordaz reconoció 27 muertos. A lo largo de las décadas se manejaron cifras enormes: la periodista italiana Oriana Fallaci, herida en la masacre, dijo que hubo más de 500 víctimas y el diario británico *The Guardian* reprodujo esa

cifra. Se habló de un parte de guerra que reportaba 504 asesinados y diarios mexicanos han especulado hasta con 700 caídos. La Fiscalía Especializada en Delitos del Pasado, la FEMOSPP, tras una investigación rigurosa, comprobó 60 muertos y 10 desaparecidos. “500 muertos fue una versión amarillista, estridente, que lejos de servir al Movimiento le sirvió al Estado”, sostiene Joel Ortega. Y acaso tenga razón, porque si algo queda claro fue que la masacre de Tlatelolco tuvo como objeto infundir terror entre la población, y una cifra tan grande provocaba un terror más paralizante.

Al otro día, el 3 de octubre, la Ciudad Universitaria lucía vacía. “Si creen que hemos claudicado regresen cuando estemos muertos”, decía una pinta que leyó Amalia Zepeda en un muro, antes de entrar a la Escuela de Economía y ver que la asamblea tenía menos de 15 personas. Josefina y Amalia oyeron el rumor de que el ejército tomaría Ciudad Universitaria por segunda ocasión y corrieron a casa. “Yo sí quedé traumada por el ejército”, me dice Amalia 50 años después, “todos vimos cerros de muertos. Necesitamos una verdad histórica: la UNAM y la historia necesitan recuperar eso, porque es importante saber qué pasó con esas víctimas. Hay una deuda que saldar antes de que nosotros muramos”, me dice.

La masacre logró su objetivo: en los hechos el Movimiento Estudiantil quedó derrotado: se terminaron las marchas, languidicieron las brigadas y las asambleas, y México pasó de la rebeldía juvenil al éxtasis olímpico. Las Olimpiadas empezaron 10 días después, el 12 de octubre. Por unas semanas Josefina Alcázar se olvidó de la lucha. Dos de sus hermanas eran edecanes en los Juegos, y de pronto toda su atención se volcó a la fiesta olímpica. Aunque de repente, un buen día, de las propias Olimpiadas vendría una sacudida: en la ceremonia de premiación de los 200 metros planos, los atletas afroamericanos Tommie Smith y John Carlos, primer y tercer lugar respectivamente, levantaron el puño envuelto en un guante negro mientras sonaba el

himno nacional de los Estados Unidos. Era el símbolo de resistencia de los *panteras negras*, el movimiento afroamericano que luchaba por los derechos de su raza. Fue un gesto de enorme valentía, que le costó a Smith y Carlos su carrera deportiva, pues a partir de entonces fueron marginados de las competencias profesionales. Ese gesto de los *black panthers* fue una sacudida para Josefina Alcázar. Le recordó quién era, de dónde venía, a dónde iba ahora que había reinventado su destino. Después de las Olimpiadas Josefina se comprometió con la militancia de izquierda, entró al Partido Comunista, participó, se dedicó a visitar presos políticos en Lecumberri, a llevarles alimentos y cartas escondidas en el tacón de su zapato. El Movimiento estaba vencido, pero la semilla de la libertad ya germinaba.

Sócrates

Enumero algunas de las acusaciones que conozco contra Sócrates Amado Campos Lemus:

1. Era un infiltrado en el Movimiento Estudiantil. Uno de los brigadistas del Poli me dijo: "Estoy seguro de que Sócrates era un implante del gobierno porque tenemos información que comprueba que nunca hizo examen de admisión ni estuvo registrado en ninguna escuela y llegó directamente a quinto semestre".
2. Sócrates era representante de la Escuela de Economía del IPN en el Consejo Nacional de Huelga. Dentro de la asamblea del CNH propuso dejar un plantón en el Zócalo después de la marcha del 27 de agosto, para forzar al presidente Gustavo Díaz Ordaz a un diálogo público el primero de septiembre, cuando saliera a recibir el *besamanos* tras el informe presidencial. La propuesta fue rechazada por la asamblea porque se consideró que ponía en riesgo al Movimiento.
3. Sin embargo, Sócrates arrebató el micrófono la noche del 27 de agosto y, por la libre, hizo esa propuesta frente al mitin. Miles la secundaron y se quedaron en el Zócalo. Se le considera una provocación; la valoración del CNH había sido certera: a las

pocas horas salieron tanques del Palacio Nacional a desalojar a los estudiantes.

4. La escritora Elena Garro afirmó que durante el Movimiento Estudiantil un grupo de estudiantes armados la sacó de su casa y la hizo subir a un Valiant rojo. Ahí, Sócrates le pidió a Elena ser la mensajera de una propuesta: decirle a Carlos Madrazo, ex presidente del PRI, que dirigiera el Movimiento Estudiantil, a lo que Garro se negó.
5. Tras la masacre de Tlatelolco, Sócrates Campos Lemus ayudó al ejército a identificar a los líderes del CNH en las mazmorras del Campo Militar Número Uno, a donde los llevaron detenidos. Esta historia la cuentan Félix Hernández Gamundi: “esto ocurrió (conmigo y) con muchos otros compañeros, los identificó de celda en celda”, afirmó Gamundi; le pasó lo mismo al Búho, que había conseguido pasar desapercibido algunos días, dando nombres falsos: “Sócrates tendrá que pagar por sus crímenes algún día y quienes se lo van a cobrar son los estudiantes que traicionó desde el 2 de octubre de 1968”, dijo el Búho. Recojo ambos en testimonios de *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska.
6. El 5 de octubre, carpinteros y trabajadores habilitaron en pocas horas una sala de conferencias en el Campo Militar Número Uno. El gobierno citó a los medios de comunicación y les presentó a Sócrates Campos Lemus, quien dio declaraciones que al otro día serían noticia de ocho columnas. Afirmó que el CNH tenía cinco comandos armados para disparar a soldados y granaderos en la plaza de las Tres Culturas, y que disponían de un arsenal de 22 pistolas, dos rifles y dos ametralladoras. Con esa versión apuntalaba la *verdad histórica* del gobierno de

Díaz Ordaz, de que el ejército había respondido a disparos de los estudiantes.

7. En esa misma conferencia afirmó que un grupo de políticos del PRI, encabezados por Carlos Madrazo, habían apoyado el Movimiento Estudiantil, y que la mensajera para ofrecer dicho apoyo había sido la escritora Elena Garro. A partir de esa versión se destruyó la vida política y literaria de Elena Garro, quizá la mejor escritora mexicana del siglo XX, además de que se debilitó al grupo madracista, que al poco tiempo desistió de formar un partido de oposición.
8. El 21 de abril de 2004, el diario *Reforma* difundió una fotografía en donde Sócrates aparece, a principios de los 80, brindando con Juan García Ábrego, el líder del cártel del Golfo. La escena ocurrió en un rancho del legendario contrabandista Juan N. Guerra, en Tamaulipas. En ese entonces Sócrates trabajaba en el gobierno de Vicente Fox como director de Comunicación Social en la Procuraduría General de la República, bajo las órdenes del general Rafael Macedo de la Concha. Sócrates renunció a su puesto ese día por el escándalo mediático.
9. Florencio López Osuna, el otro representante de la Escuela de Economía del IPN ante el CNH, se citó con Sócrates en un café dentro del aeropuerto de la Ciudad de México. Le sorprendió ver que un hombre de tipo militar, al ver a Sócrates de casualidad, se cuadró ante él como si fuera su superior. Sócrates lo reprendió y lo dejó ir. Esta escena se la contó López Osuna a un líder de las Juventudes Comunistas, quien me la contó a mí.

Me encontré con Sócrates Campos Lemus en una plaza comercial de la Ciudad de México en julio de 2018. Desayunamos y tomamos café. Me habló de médicos y medicinas, de dolencias en la cabeza y cadera. Me contó que vivía en un barrio residencial de Oaxaca, que

disfrutaba de un patrimonio acumulado como servidor público de mediano nivel, en cargos “en los que había vendido su fuerza de trabajo, no su conciencia” (insistió en eso varias veces). Me contó de su amistad con Fernando Gutiérrez Barrios, entonces titular de la DFS, y otros políticos del PRI, entre ellos algunos ex gobernadores. Habló de su pertenencia a la masonería.

“Ni agente de la CIA, ni del gobierno, ni infiltrado, ni provocador. Demuéstrame que fui agente, o militar, y todo lo que he ganado ahí te lo regalo”, me dijo. Negó que el 27 de agosto de 1968, tras la marcha más grande del Movimiento Estudiantil, haya arengado a las masas a quedarse en el Zócalo. Quienes impulsaron esa línea fueron Roberta Avendaño, *La Tita* e Ignacia Rodríguez, *la Nacha*, dos dirigentes de la Escuela de Derecho de la UNAM, y el resto, dijo, son invenciones de los cronistas. Aceptó que, después de la masacre de Tlatelolco, había identificado a sus compañeros del CNH en el Campo Militar Número Uno. No le pareció ninguna traición porque, afirmó, era un movimiento público y el gobierno tenía las fotografías de todos. Reconoció que sí, que había declarado ante la prensa sobre los comandos armados del CNH y la supuesta conspiración de Carlos Madrazo y Elena Garro. Pero lo hizo obligado, bajo tortura, ante simulacros de fusilamiento, golpes en los riñones que le habían dejado secuelas permanentes, y la amenaza de que tenían a su madre e iban a matarla. De la reunión con Garro se sostuvo en la versión contraria: que fue la escritora quien le propuso que Madrazo los encabezara. Negó la historia de López Osuna: ni siquiera tomé café con él, dijo. Y de la fotografía con Juan García Ábrego me dijo lo mismo que le declaró a Roberto Zamarripa, el periodista de *Reforma* que lo entrevistó en 2004: estaba haciendo un trabajo periodístico sobre Juan N. Guerra, y conviví con los capos por esa razón. “Si fuera un chivo expiatorio o traidor, si yo sólo pude contra todo el Movimiento, entonces el Movimiento no sirvió para nada. Ese argumento es absurdo”.

Asamblea General del Movimiento Estudiantil

Son las cinco de la tarde del 26 de julio de 2018. Hace 50 años, en estas mismas calles, granaderos repartían macanazos a los jóvenes para impedirles que llegaran al Zócalo. Los estudiantes, sobre todo del Politécnico, rompían las alcantarillas —que eran entonces de cemento— y repelían a pedradas los ataques de la policía. Hoy, 50 años después, esas historias se cuentan en el patio de Xicotécatl, en la antigua sede del Senado de la República. El Instituto Belisario Domínguez de la Cámara de Senadores ha convocado a una asamblea de brigadistas a discutir el Movimiento Estudiantil de 1968.

Todos ellos participaron en el Movimiento como brigadistas: tomaron las calles de la Ciudad de México, imprimieron y repartieron miles de volantes, defendieron sus escuelas de la policía. Y los correataron los granaderos, o los golpearon, o los balearon, o los sometieron a horas de terror en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco aquel 2 de octubre que no se olvida.

Los brigadistas toman la palabra y brotan preguntas como flores: ¿el 68 ya terminó?, pregunta uno. No, le responden: continúa en los movimientos feministas y contra la discriminación. Fuimos

derrotados en Tlatelolco, afirma alguien. No, a largo plazo nos llevamos la victoria, la prueba es que estamos aquí, añade otro. “El primero de julio los brigadistas tomamos el país”, afirma Pablo Arroyo, quien fuera brigadista de la (entonces) Escuela de Economía y ahora es el anfitrión de la asamblea, en tanto coordinador de investigación del Instituto Belisario Domínguez. Qué buena discusión: Paco Pérez Arce me dijo algo parecido: con la victoria de López Obrador cerraba el ciclo histórico que se había abierto en 68. José Luis Araiza pensaba más o menos lo mismo. Josefina Alcázar no compartía el optimismo: si algo imita López Obrador del 68 era el asambleísmo, pero el de menos calidad, el de la unanimidad a mano alzada; y su liderazgo era en realidad cacicazgo, me dijo.

Veremos qué pasa

Más allá de grandes interpretaciones políticas abundan las pequeñas y apasionantes historias, algunas ya escritas y otras pendientes de contar. La vida de la trovadora Judith Reyes, que le puso poesía y música al Movimiento. Las biografías de los mártires de Tlatelolco; el relato de los otros movimientos estudiantiles en los estados de la República y, sobre todo, las vidas de los brigadistas después de 68. Por ahí anda José Luis Alonso Vargas, *Chelís*, que se radicalizó después de Tlatelolco, tomó las armas y se metió de guerrillero. O las vidas de quienes me regalaron su testimonio para estas páginas. En primera fila, en esta asamblea, veo a Severiano Sánchez. Trae camisa de manga larga y por eso no se le ve la herida bala en el pecho y el brazo, del tiro que le dieron la marcha del 10 junio de 1971, en el *halconazo* de Luis Echeverría contra la primera gran manifestación estudiantil posterior al 2 de octubre. O de Mariángeles Comesaña, la que picaba poemas en el esténcil y ella misma se volvió poeta, editora y promotora cultural; no está por aquí Joel Ortega, articulista de un diario y estudioso del Movimiento de 68 (en su casa tenía más de 300 libros del tema); de Paco Pérez Arce, Paco Ceja (por las

cejas tupidas), que se volvió un estupendo novelista e historiador. O de Josefina Alcázar, que se hizo especialista en *performance* (en nuestra conversación terminamos charlando de pornoterrorismo, la Congelada de Uva y Diana J. Torres); o el Chale, que fundó una escuela activa y fue secretario de transporte en la Ciudad de México. Tiene razón Paco Ceja: los brigadistas de 68 diseminaron las ideas de izquierda. Construyeron partidos revolucionarios, guerrillas, se fueron al campo, a las fábricas y a los barrios marginales (como Severiano, que se proletarizó y fue líder obrero), algunos se dedicaron al arte y la cultura. O bien se hicieron maestros y transmitieron a sus alumnos el valor de libertad que sembraron en el verano de aquel año inolvidable, como César Enciso, Ortega, Comesaña.

Los imagino a sus 18, 20, 24 años cuando tomaron las calles de la Ciudad de México y desafiaron el autoritarismo del PRI y el gobierno, con rasgos de dictadura, de Gustavo Díaz Ordaz. Abrieron el camino para el resto de los movimientos: la insurgencia obrera de los 70, la solidaridad social de los sismos del 85, la votación masiva por la oposición en 88, el levantamiento zapatista de 94, la alternancia en el 2000, el #Yosoy132 de 2012 y el repudio al PRI y al PAN del primero de julio de 2018. Los cambios han sido lentos, miles lo han pagado con su vida o su libertad y gracias a esas luchas México es hoy muy distinto al de hace 50 años. La asamblea de esta tarde no concluye, no se cierra, no termina. Y me queda claro por qué: porque la lucha sigue, hay que dedicar un día a celebrar las victorias y al día siguiente volver a tomar a las calles porque uno no sabe si lo conquistado hoy se coseche mañana, dentro de 20, 30 o 50 años, y porque nunca es tarde ni suficiente para cambiar el mundo.

Notas

- I De la Escuela Nacional (hoy Facultad) de Economía, hablé con Josefina Alcázar, Jose Luis Araiza, Margarita Castillo, Jorge Martínez y Almaraz, Joel Ortega Juárez, Francisco Pérez Arce y Amalia Zepeda. Del IPN, con Humberto Campos, César Enciso y Severiano Sánchez. De la ENAH recogí el testimonio de Mariángeles Comesaña.
- II La colección está bajo el nombre de Esther Montero, quien hizo la catalogación. El enlace es <http://www.ahunam.unam.mx:8081/index.php/esther-montero>
- III Francisco Pérez Arce, *Caramba y zamba la cosa, el 68 vuelto a contar*. México: Brigada para leer en libertad, 2017, pp. 12-13.
- IV David Parra contó esta escena en la Asamblea General del Movimiento Estudiantil, que organizó el Instituto Belisario Domínguez del Senado el 26 de julio de 2018.
- V Pérez Arce (2017), p. 16.
- VI Esta escena me la cuenta Enrique Galván Ochoa, ahora analista financiero, en un tuit del primero de agosto de 2018.
- VII Dice Wikipedia: Carlos Madrazo murió el 4 de junio de 1969 en Monterrey, Nuevo León, "en un accidente aéreo, aunque se presumió que en realidad fue un asesinato político".
- VIII Arturo Rodríguez García, "Con AMLO, nada para las izquierdas", en https://notassinpauta.com/2018/08/01/con-amlo-nada-para-las-izquierdas/amp/?__twitter_impression=true recuperado el 2 de agosto de 2018
- IX El Movimiento Estudiantil se organizó en el Consejo Nacional de Huelga (CNH), conformado por tres y luego dos representantes de cada escuela en paro. Presentó al gobierno un pliego petitorio de seis puntos: libertad a los presos políticos, disolución del cuerpo de granaderos y renuncia de los jefes policiacos de la ciudad, abrogación del delito de disolución social, indemnización a las víctimas de la represión y deslinde de responsabilidades. Se le agregó un séptimo punto, aunque de manera informal: diálogo público.
- X Arnulfo Aquino. *Imágenes épicas en el México contemporáneo, de la gráfica al grafiti, 1968-2011*. México: Cenidiap-INBA, 2011, p. 38.
- XI Pérez Arce (2017), p. 37.
- XII Algunos de los datos para este apartado los tomo de "Las batallas del Politécnico: entrevista con Jaime García Reyes, Fernando Hernández Zárate y David Vega", en Nexos, 1 de enero de 1988, disponible en <https://www.nexos.com.mx/?p=5003> y recuperado el 22 de agosto de 2018.
- XIII Obtengo estos datos de Joel Ortega, "Estuve en la plaza de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968", en *Adiós al 68*, México: Debate, 2018, pp. 59-70.

El 68 UNA HISTORIA ORAL MÁS ALLÁ
DE LA MASACRE DE TLATELOLCO